

**JORDÁN B. GENTA**

**OPCIÓN POLÍTICA  
DEL CRISTIANO**

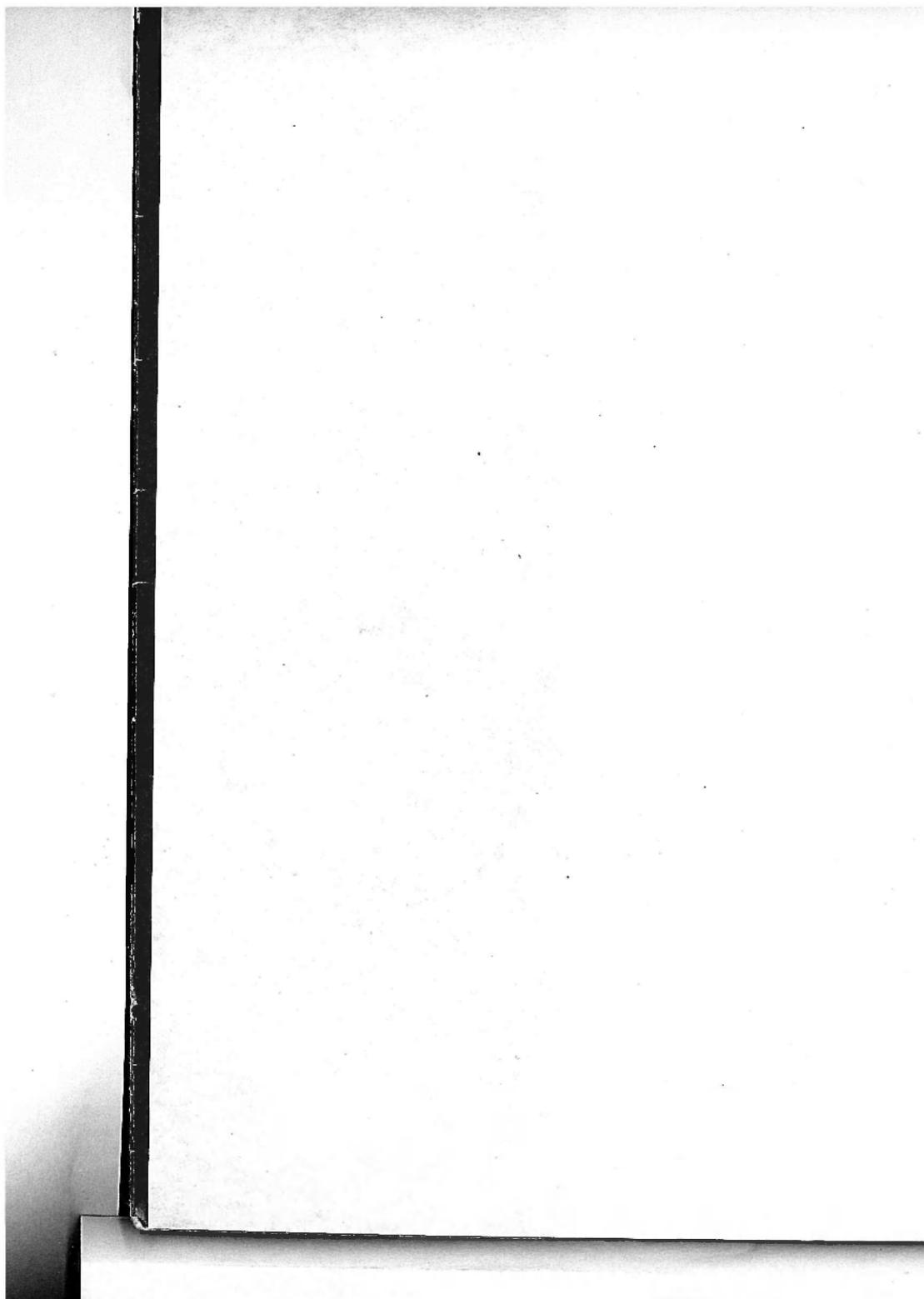
**Soberanía de Cristo  
o soberanía popular**



**HOMENAJE DE SUS DISCÍPULOS  
EN UN NUEVO ANIVERSARIO DE SU MARTIRIO**

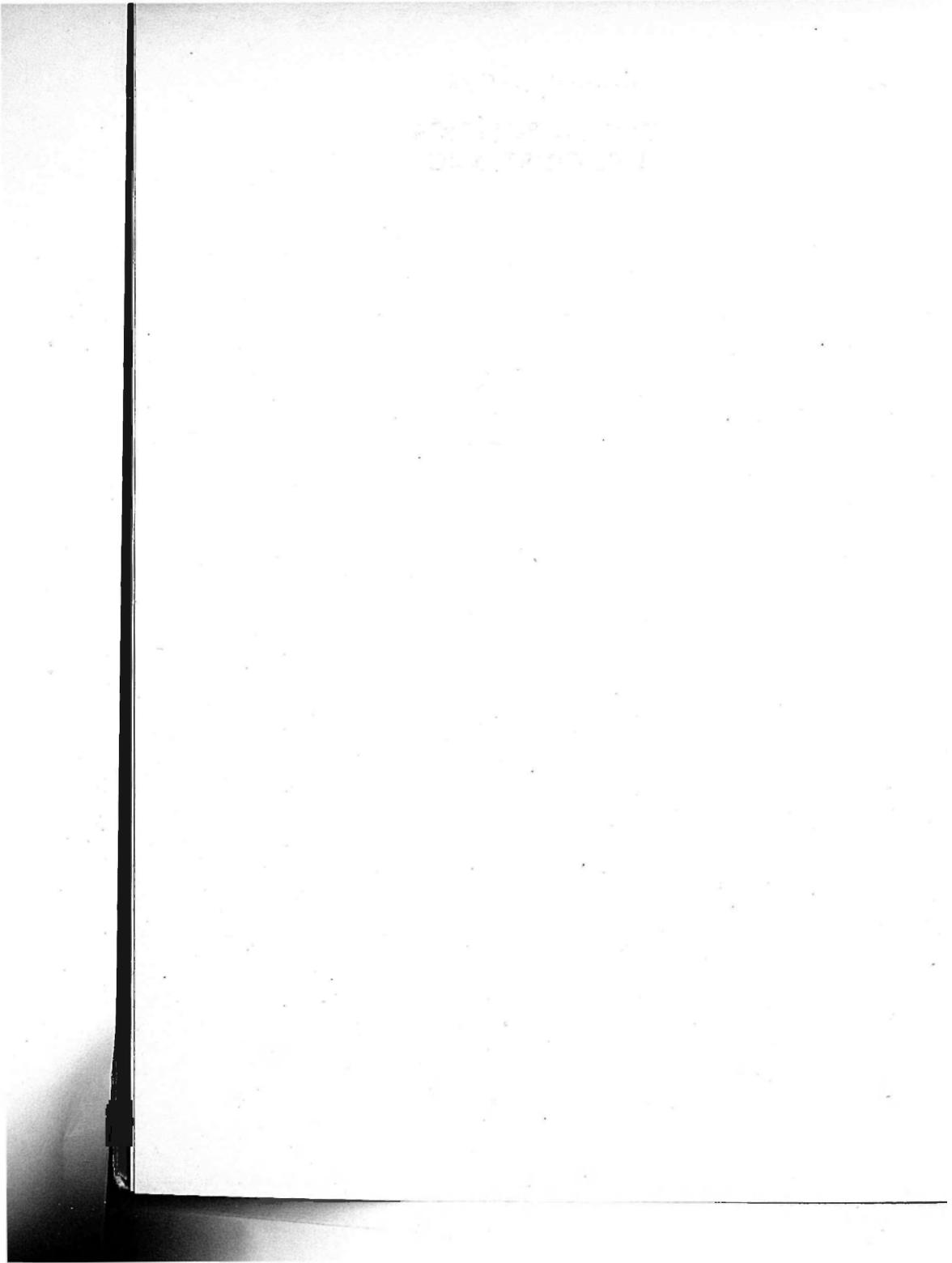
JORDÁN B. GENTA

OPCIÓN POLÍTICA DEL CRISTIANO



Jordán Bruno Gerlta

**OPCIÓN POLÍTICA  
DEL CRISTIANO**



Jordán Bruno Genta

# OPCIÓN POLÍTICA DEL CRISTIANO

*Soberanía de Cristo  
o soberanía popular*

Ediciones REX

Buenos Aires

1997

*Está prohibido y penado por la ley la reproducción y difusión total o parcial de esta obra, en cualquier forma, por medios mecánicos o electrónicos, inclusive por fotocopia, grabación magnetofónica y cualquier otro sistema de almacenamiento de información, sin previo consentimiento escrito del editor.*

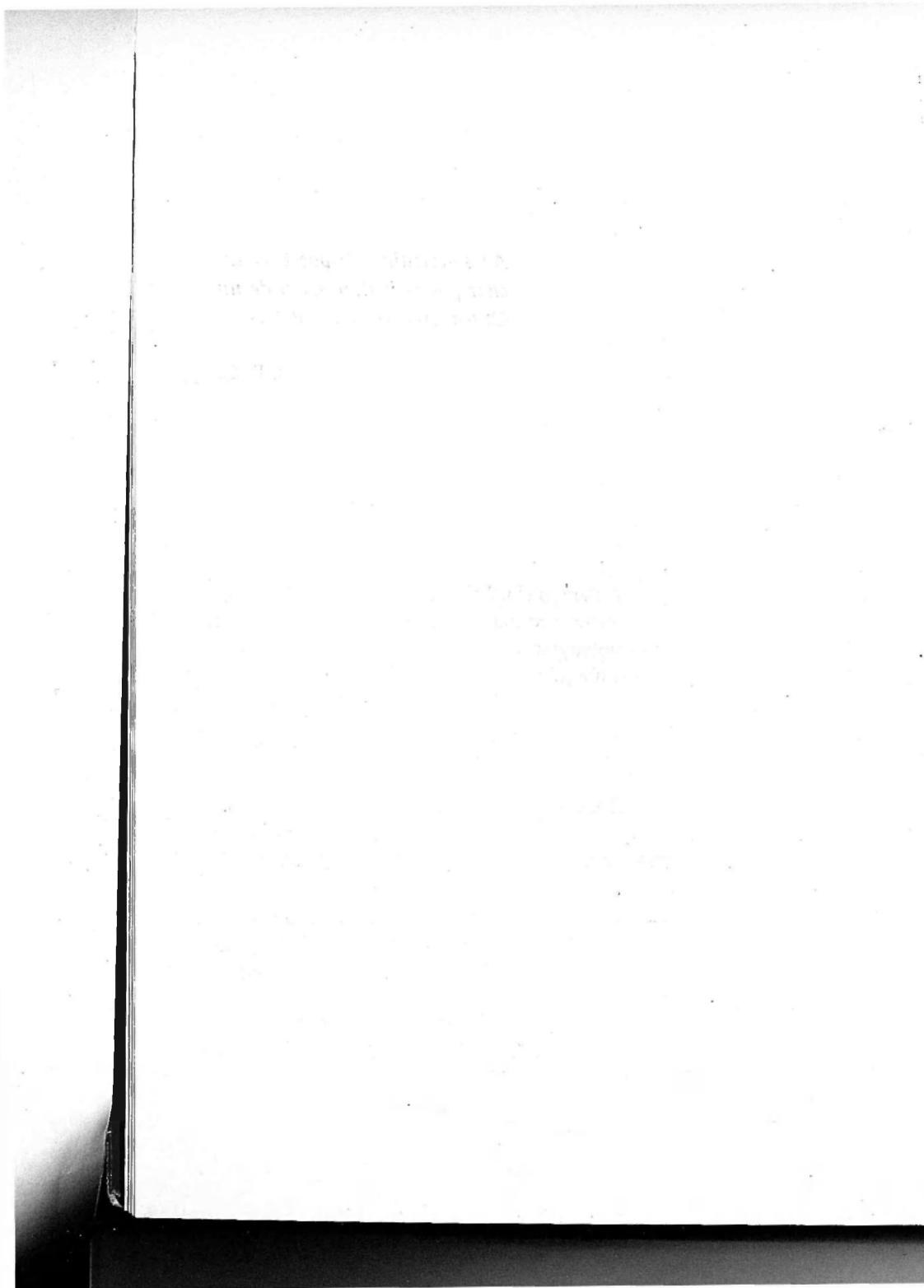
Todos los derechos reservados por (© 1996)  
EDICIONES REX, Casilla de Correo 1541,  
CP (1000) Correo Central, Buenos Aires, Argentina.

Hecho el depósito que establece la ley 11.723.  
LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA.  
Publicado en Abril de 1997.

ISBN 987-96336-0-1  
Impreso en la Argentina. Printed in Argentina.

*A los argentinos dispuestos a luchar por la instauración de un Orden Cristiano en la Patria.*

J. B. G.



## PRÓLOGO

Poco más de un año antes de la muerte de su autor vio la luz la primera edición de este libro<sup>1</sup>. Han pasado, pues, largamente dos décadas pero el texto conserva, en lo esencial, toda su actualidad; y la razón de esto es que Genta encara en estas páginas el tema, siempre vigente, siempre arduo y con frecuencia polémico, de la opción política del cristiano.

Un alud de interrogantes se precipita a partir, simplemente, del enunciado de esta cuestión. ¿Hay propiamente hablando, una opción política específica de los cristianos? ¿Deben éstos, en conciencia, intervenir en la tarea política, como tales, es decir como cristianos, y no tan sólo como integrantes de la sociedad civil? ¿Hay una constitución cristiana del orden social y político? ¿Puede hablarse, con propiedad, de una política cristiana derivada directamente del evangelio? ¿Es posible, hoy, en el marco de un pluralismo que se impone, al parecer, con pacífico acatamiento de todos, plantear como tarea específica del cristiano la construcción de un orden temporal conforme con la Fe? A estos, y a otros interrogantes, dan claras y lúcidas respuestas las páginas que siguen.

Mas si hubiese que compendiar en una sola la multiplicidad de aquellas respuestas, diremos que ellas se re-

<sup>1</sup> JORDÁN BRUNO GENTA, *Opción política del cristiano. Soberanía de Cristo o soberanía popular*, Cultura Argentina, Buenos Aires, 1973.

sumen en la radical oposición contenida ya en el subtítulo de la obra y ampliamente desarrollada en sus capítulos fundamentales, a saber, la soberanía de Cristo o la soberanía popular, el manifiesto cristiano o el manifiesto comunista. Este es el eje de toda la exposición. Señalemos, de paso, que las obras más enjundiosas salidas de la pluma de Genta exhiben, como una constante, el planteo de alguna oposición de este tipo, lo cual está muy lejos de cualquier dialectismo maniqueo —como alguna vez algún crítico apresurado pudo suponer— y muy cerca, en cambio, del sí, sí y no, no del Evangelio<sup>2</sup>. Pero vayamos al fondo de esta oposición. A lo que ella apunta es a determinar cuál es la fuente de la potestad, la fuente de la cual emana todo poder, en el cielo y en la tierra. Esa fuente es Dios. Genta hace suyo el pensamiento, conciso y luminoso, del Apóstol: *omne potestas a Deo*. Toda potestad procede de Dios, del Dios que nos creó y del Dios que, al encarnarse, asumió nuestra naturaleza. El misterio de la Encarnación del Verbo, el misterio de Jesucristo en su unión hipostática, cambia de raíz todo lo creado, penetrándolo y transfigurándolo. Todo, decimos. Lo político no es, por tanto, la excepción. Esto quiere decir que Jesucristo es Rey, no sólo en un sentido espiritual y metafórico sino, también, en un sentido más específico, su potestad se extiende a las realidades temporales. Esta es la doctrina, cuya vigencia nadie ha cuestionado, de Pío XI en la *Quas primas* a cuyo texto venerable conviene volver una y otra vez.

<sup>2</sup> Véanse al respecto: JORDÁN BRUNO GENTA, *El filósofo y los sofistas*, Buenos Aires, 1948; *La idea y las ideologías*, Buenos Aires, 1949.

Lo verdaderamente interesante, a un tiempo consolador, es que esta realeza universal de Cristo significa, en el específico campo de la política, restablecer la autonomía del orden político y asegurar su plena y legítima libertad. Porque este reinado de Cristo, el Reinado Social de Jesucristo como generaciones enteras de católicos hemos llamado y continuamos llamando a esta augusta realeza, trae consigo la verdadera liberación, tanto la de los hombres individualmente considerados, como la de las comunidades que, bajo el influjo de Cristo, sean esos mismos hombres capaces de edificar. En efecto, Cristo Rey es el mejor y más firme reaseguro de la vigencia de un *orden natural* en el cual la política, ciencia arquitectónica de la Ciudad como gustaba llamarla Genta, adquiere su eminente dignidad de ciencia moral por antonomasia. Y esto es decisivo, tal vez unas de las cosas más decisivas que se jueguen hoy, en estas postrimerías del siglo, porque o la política vuelve a ser la ciencia y el arte del Bien Común o ella se degrada en una grosera empiria del poder por el poder mismo. He aquí, pues, la gran y fecunda paradoja: al colocar la fuente de la potestad en Jesucristo, la cuestión del poder como cuestión central desaparece del horizonte de la política y pasa a ocupar su puesto la verdadera cuestión central, el Bien Común.

Ahora bien, frente a esta afirmación del Reinado de Jesucristo con todas sus benéficas consecuencias, ¿qué es lo que se levanta, lo que se opone? La soberanía popular, responde Genta. La soberanía popular no es sino el programa universal, no sólo político, del hombre separado de Jesucristo. Es el programa de la Gran Apostasía. La bandera desplegada del secularismo y del inmanentismo más radicales y desoladores. La afirmación de la soberanía

nía absoluta de la creatura, de su voluntad omnímota hecha fuente de todo poder, de toda razón y de todo valor. Adviértase, en este punto, algo que las más de las veces pasa inadvertido. No se trata, aquí, de cuestionar un mecanismo de transmisión de la potestad civil ni, menos todavía, un sistema de participación de los ciudadanos en la cosa pública; tampoco se trata de traer a consideración la larga disputa acerca de si la titularidad de la autoridad corresponde al gobernante o a la comunidad. Se trata de algo más profundo: de la sustitución del *Logos* por la voluntad y el apetito del hombre. Por eso, la democracia que hoy rige en nuestras sociedades, edificada sobre esta sustitución, ha merecido la clara advertencia del actual Pontífice:

“En realidad, la democracia no debe mitificarse convirtiéndola en un sustitutivo de la moralidad o en una panacea de la inmoralidad [...] Su carácter moral no es automático, sino que depende de su conformidad con la ley moral a la que, como cualquier otro comportamiento humano, debe someterse; esto es, depende de la moralidad de los fines que persigue y de los medios de que se sirve. [...] En la base de estos valores no pueden estar provisionales y volubles mayorías de opinión, sino sólo el reconocimiento de una ley moral objetiva que, en cuanto ley natural inscrita en el corazón del hombre, es punto de referencia normativa de la misma ley civil. Si, por una trágica ofuscación de la conciencia colectiva, el escepticismo llegar a poner en duda hasta los principios fundamentales de la ley moral, el mismo ordenamiento democrático se tambalearía en sus fundamentos, reduciéndose a un puro mecanismo de regulación empírica de intereses diversos y contrapuestos”.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, *Evangelium vitae*, 70.

No hay dudas de que el Papa reivindica el carácter eminentemente moral de la política y rechaza, de plano, a la soberanía popular. Tampoco hay dudas, al cotejar el texto que acabamos de transcribir con aquellos otros textos pontificios largamente citados en este libro, de la continuidad del Magisterio, continuidad que Genta solía frecuentemente destacar. En definitiva, la oposición de la cual venimos hablando está dada en términos inequívocos: o soberanía de Cristo con su añadidura de libertad y dignidad del hombre y de la política, o soberanía popular con su desdichada secuela de desorden y tiranía.

En la época en que Genta publicó esta obra, la oposición al Reinado de Cristo, vehiculizada por la vía de la soberanía popular, respondía a un nombre abominable: era el comunismo, firmemente asido a un centro de enorme poderío político, económico y militar (la antigua Unión Soviética) y empeñado en una estrategia mundial de guerra revolucionaria. Esta situación signaba, por entonces, la realidad del mundo y de la Argentina. Lo cierto es que, a la luz de aquella realidad, por momentos trágica, el empeño de Genta se vuelve contra el *manifiesto comunista* (sin descuidar, desde luego, el señalar sus raíces comunes con el liberalismo) al que describe y denuncia como la carta magna del ateísmo militante y del secularismo radical. Frente a él se levanta como respuesta el *manifiesto cristiano*, la Epifanía del Verbo, la Teofanía del Sermón de la Montaña. Estos dos capítulos constituyen el corazón de la obra. Pues la opción política del cristiano no puede ejercerse fuera de esta gran y decisiva oposición. Si no se tienen en cuenta sus términos, la opción del cristiano corre el riesgo grave de equivocarse. No se trata de imponer a nadie una determinada opción (Genta, por

su parte, reitera aquí, la que fue la opción política desde el momento de su admirable conversión a la Fe, la de un nacionalismo católico y jerárquico). De lo que se trata es de iluminar la conciencia de quien ejerce esa opción. Y Genta no acude, al respecto, a otras fuentes distintas del Evangelio, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia. Es decir, hunde las raíces de su especulación en la *comunidad* de la Iglesia, que es el Cuerpo Místico de Jesucristo Rey. Pues es esa comunión la que alimenta y da vida a toda opción legítima. Comunión y opción son términos correlativos. El cristiano puede y debe optar en política, pero en el seno de la comunión. Fuera de ella, su opción ya no es cristiana.

El derrumbe del poder soviético, a partir de los acontecimientos del año 1989, no desactualiza, en absoluto, el planteo de Genta. En realidad, más allá de los cambios de nombres y de escenarios, los términos y el sentido del conflicto continúan siendo los mismos. Al marxismo, como ideología y poder constituido, han sucedido el nuevo orden mundial y el mundo globalizado, impregnados de democracia y de neoliberalismo, los nuevos nombres del secularismo y los rostros actuales de la negación del Reinado de Jesucristo.

Algunas aclaraciones respecto de la presente edición. Los libros de Genta que publicara la *Editorial Cultura Argentina*, entre los cuales se encuentra el que hoy reeditamos, tienen varios aspectos en común determinados por el contexto histórico en que fueron escritos. Los que tuvimos ocasión de seguir de cerca, durante muchos años, su labor intelectual, sabemos que Genta desarrollaba y elaboraba sus temas en larga reflexiones, en dilatadas

y fecundas vigiliias, en la frecuentación ininterrumpida de los diversos autores. Tales temas constituían el contenido de sus cursos permanentes, de las clases y conferencias que pronunciaba a lo largo y a lo ancho de la Argentina, frente a los auditorios más variados. Esos mismos temas pasaban, luego, a formar parte de sus obras escritas. Muchas veces, por suerte las más, el tiempo y las circunstancias permitieron versiones adecuadamente adaptadas a las exigencias del lenguaje escrito y a las formalidades académicas. Pero en los últimos años —y estos son, precisamente, los que corresponden a los últimos libros publicados en vida del autor— las circunstancias no resultaron propias para ofrecer al público versiones cuidadas. La redacción de estos libros fue hecha siempre al correr de la pluma. Fueron obras urgidas, pedidas “para ayer” por grupos ya civiles, ya militares, ya eclesiásticos, que apreciaban la importancia de difundir y reproducir en efecto cascada la palabra de Genta que conmovía voluntades e iluminaba inteligencias. Palabra en llamarada para una patria que se avizoraba en llamas. De allí que aquellos libros, publicados al fragor de circunstancias apremiantes, guardaban en su forma mucho del original estilo oral. No había tiempo para los rigurosos cuidados de las formas, sobre todo en lo que respecta al aparato crítico y a las notas, que sí, en cambio, están presentes en obras de tiempos más tranquilos en los que Genta se daba a sí mismo el reposo para cumplir con todo los requisitos formales a los que, por supuesto, estaba acostumbrado, desde los tempranos años de estudiante universitario, por su formación académica y por una poco usual erudición que, como toda buena erudición, se exhibía muy poco.

Con esto queremos, a la par, destacar el hecho de que Genta fue un orador nato, vaciado en los moldes de su for-

mación clásica. Citaba habitualmente de memoria, páginas y páginas de los autores más diversos e intrincados, aunque siempre tenía sobre su escritorio la obra original, "por las dudas". También digamos, de paso, que el último tramo del magisterio de Genta —y esto fue fruto de una decisión que a muchos cuesta comprender— privilegió la formación, en las verdades esenciales, de una gran cantidad de jóvenes pertenecientes a las fuerzas armadas y de seguridad que, en muchos casos, se vieron enfrentados al hecho dramático de matar y de morir en una guerra despiadada. Había que darles, pues, a esos jóvenes, una razón para ello. Y en esta misión, eminentemente docente, lúcidamente asumida, quedó postergada *sine die*, la obra científica, metódica, erudita como aquella *Metafísica* que comenzó a escribir y no concluyó.

Pues bien, en este contexto sumariamente descripto, nace *Opción política del cristiano*. Su edición original, totalmente agotada, signada por la urgencia que acabamos de mencionar, revela algunos defectos de confección que, en la medida de lo posible, hemos tratado de superar para ofrecer un texto depurado, convenientemente corregido y presentado, agregando, de nuestra parte, la división en párrafos (que la edición original no contiene) a efectos de hacer más fácil la lectura y la rápida ubicación de los temas, así como la localización de las principales notas al pie de página.

Pero, por encima de todo esto, lo que nos ha guiado es el convencimiento de que las nuevas generaciones hallarán en estas páginas, preñadas de sabiduría, de lucidez y de coraje, una guía segura para llevar adelante, bien que en circunstancias muy distintas de aquellas que signaron a nuestra generación, la grave e ineludible tarea de cons-

truir una opción política fiel al Evangelio. Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre. Por eso, nuestro empeño es el mismo que Genta señala con meridiana claridad en este libro y que cierra, a modo de síntesis, su vida y su magisterio: *todo debe ser hecho para que El reine.*

Para terminar, un recuerdo. Cierta mañana de 1994, pocas semanas antes de cumplirse el vigésimo aniversario de la muerte de Genta, quienes escribimos este prólogo visitamos la tumba del Doctrinario de la Guerra Cristera, Anacleto González Flores, en el Santuario dedicado a Nuestra Señora de Guadalupe, en la mexicana ciudad de Guadalajara, Jalisco, principal escenario de aquella epopeya. Mientras orábamos frente a la sobria lápida que cubre la sepultura pudimos leer esta escueta inscripción latina: *Verbo, vita et sanguine docuit.* Enseñó con la palabra, la vida y la sangre. ¡Con cuánta propiedad podrían haberse escrito esas mismas palabras sobre la tumba de nuestro padre y maestro! Hay una admirable semejanza —fruto de la comunión de los santos— entre estos dos mártires americanos. Anacleto fue, como Genta, orador nato e intelectual erudito que cambió la tranquilidad del claustro por la intemperie de la reconquista de la Patria cautiva. Descansa en el silencio del templo. Genta, por su parte, reposa en tierra cristiana y castrense pues gracias a una magnífica iniciativa de las autoridades de la Sociedad de Socorros Mutuos de las Fuerzas Armadas sus restos integran la Galería de los Muertos por la Patria, mandada a erigir en el interior del Panteón Militar, en Buenos Aires<sup>4</sup>. Allí están y estarán por siempre, junto a los héroes

<sup>4</sup> Los restos de Jordán Bruno Genta fueron trasladados a la Galería de los Muertos por la Patria, en el Panteón Militar de Chacarita,

de la Guerra Antisubversiva, de las Malvinas, de La Tablada... Descansa, pues, entre aquellos a los que dedicara los últimos años de su vida, su último magisterio, éste, su libro final y su muerte misma. Fue un acto de justicia poética, aquí en la tierra.

Por eso nos animamos a decir a los jóvenes —a quienes de modo especial dedicamos la presente edición— que hay que atreverse a “esperar contra toda esperanza”. Y no sólo con la virtud teologal de la Esperanza sino, ¿por qué no?, también con la humana esperanza puesta en los argentinos probos y patriotas que, quizás, nunca sean muchos pero sí los necesarios para que la Patria viva. Genta fue, fundamentalmente, un cristiano alegre y esperanzado. Aún en la agonía de aquella Argentina, su voz fue una clarinada de esperanza rubricada por el martirio. Que en la agonía de hoy sea semilla de una esperanza nueva.

MARÍA LILIA GENTA  
MARIO CAPONNETTO

---

en diciembre de 1995, siendo Presidente de la Sociedad de Socorros Mutuos de las Fuerzas Armadas el Coronel Irigoyen.

## INTRODUCCIÓN

1.- Es verdad que los hombres, criaturas racionales y libres, se gobiernan y ordenan por sí mismos para alcanzar el Bien Común, bajo la dirección de una autoridad legítima; pero es un grave error sostener que existen para sí mismos porque si bien tienen razón de causa y de fin, no son causa primera ni fin último.

El hombre, cada hombre, es persona puesto que subsiste en sí y por sí como sujeto único y exclusivo de su existencia, de sus actos, de sus accidentes. La distinción última de su naturaleza es el alma inmaterial e inmortal, hecha a imagen y semejanza de Dios, unida sustancialmente a un cuerpo con el cual subsiste como alguien, como una persona singular con vocación y destino eternos.

La causa primera y el fin último de cada persona humana es Dios; quiere decir que viene de Dios y va hacia Dios que es su meta definida y definitiva. Esto nos permite comprender que cuando el hombre se divide de Dios por el pecado original y los que siguen, corrompe su propio ser, distorsiona su naturaleza desarraigada del principio y del fin, volviéndose inhumano con los demás hombres y consigo mismo. Dividido de Dios se divide del prójimo y de sí mismo, precipitándose en la dialéctica de la contradicción infinita.

Leemos en el salmista: *“El hombre creado en tanta grandeza no lo entendió así, se inclinó sobre el estúpido jumento y se hizo semejante a él”*.

Cuando Hobbes afirma que *"el hombre es un lobo para el hombre"*; cuando Marx inicia el *Manifiesto Comunista* con esta terminante declaración: *"La historia de toda sociedad hasta nuestros días, es la historia de la lucha de clases... opresores y oprimidos en oposición constante, mantuvieron una lucha ininterrumpida..."*, uno y otro no hacen más que documentar la conducta del hombre del pecado, subrayando con exclusividad los frutos de muerte del árbol corrompido.

Hemos sido creados para la Verdad y el Amor, sin embargo no hay vida ni obra humanas que se realicen sin error y sin culpa; buscando el saber y la verdad caemos, a menudo, en el error; queriendo el bien ocurre que obramos el mal que no queremos, como dice San Pablo, o sea por interés egoísta, por temor servil o por el placer del momento.

Librados a nosotros mismos nos apremian necesidades inmediatas y tentaciones que no conseguimos resistir. A pesar de nuestra naturaleza herida, una disciplina esforzada nos permite elevarnos a las verdades esenciales y a las virtudes éticas; pero nos es imposible permanecer a esa altura con nuestras exclusivas fuerzas, así como alcanzar el último fin, teniendo en cuenta las limitaciones de la criatura racional y el estado de baja rebelión que padecemos.

Se comprende que la estructura ética de la persona humana se refleje ampliada en las estructuras sociales y políticas, donde se desarrolla la convivencia y se converge hacia fines comunes.

Platón insiste en que la sociedad y el Estado se edifiquen inmediatamente sobre el alma del ciudadano; por esto es que el orden o el desorden internos se traducen exteriormente en el orden y el desorden de las instituciones.

sociales, desde la familia hasta el Estado pasando por las sociedades intermedias.

El fundamento último del alma y de las instituciones es Dios, de quien son imagen y semejanza. El Pecado Original y sus consecuencias penales al romper la unidad con el Principio y el Fin, alejaron a la imagen de la Causa Ejemplar y la precipitaron en la región de la desemejanza. No hay otro modo de devolverla a la semejanza que restablecer su unidad con el modelo y el único que la puede rehacer es quien la hizo, como enseña San Agustín.

2.- El camino elegido por Dios para liberar al hombre del pecado, restituirlo a la unidad con su Principio y conducirlo a la salvación eterna, ha sido la Encarnación del Verbo, su Pasión y Muerte de Cruz como hombre verdadero, y su Resurrección como verdadero Dios.

El Hijo de Dios, poder y sabiduría del Padre, asume la naturaleza humana en el seno de la Santísima Virgen María por la virtud del Espíritu Santo. Y es en la Persona del Verbo de Dios que se realiza la unión hipostática con la naturaleza del hombre, distinta, indivisible e inconfundible con la naturaleza divina que subsiste en dicha Persona desde la eternidad. Cristo es la unidad perfecta de lo divino y de lo humano, el camino que lleva a la Unidad, la Verdad de la Unidad y la Vida de la Unidad del hombre con Dios. Y el hombre unido a Dios en Cristo, vuelve a la unidad con el prójimo y consigo mismo.

La Gracia de Cristo borra la culpa del pecado; su pasión y muerte de Cruz satisface la pena del pecado; su resurrección es la promesa de nuestra consumación en la Gloria de Dios.

“Convenía que el cuerpo asumido por el Hijo de Dios estuviese sometido a las enfermedades y deficiencias humanas, por tres cosas principalmente: la primera, porque el Hijo de Dios vino al mundo para satisfacer la deuda por el pecado del género humano. Y uno satisface por el pecado de otro cuando carga sobre sí la pena merecida por el culpable. Pero los defectos corporales, a saber, la muerte, el hambre, la sed, el sufrimiento, son pena del pecado, introducidos en el mundo por Adán. Es conforme con el fin de la Encarnación que Cristo asumiese por nosotros las penalidades de nuestra carne.

“La segunda, es para fundar nuestra Fe en la Encarnación.

“La tercera, para darnos ejemplo de paciencia ante los sufrimientos y enfermedades humanas que El soportó valerosamente... aunque por las deficiencias ocultaba su divinidad, se manifestaba, en cambio, su humanidad que es el camino para llegar a la divinidad”.<sup>1</sup>

Este luminoso texto nos esclarece que Cristo vino al mundo para satisfacer por el pecado: que en cuanto hombre fue sacerdote que ofreció sacrificios por los pecados y que, en definitiva, se ofreció a sí mismo como víctima perfecta, “siendo a la vez, hostia por el pecado, hostia pacífica y holocausto”<sup>2</sup>.

Quiere decir que el fin de la Encarnación del Verbo de Dios fue la liberación del hombre del pecado; de donde resulta que cualesquiera otras liberaciones —económicas, sociales, políticas—, son secundarias y derivadas de la primera que tiene en vista el Reino de Dios y la salvación del hombre en la Eternidad.

<sup>1</sup> Santo Tomás; *S. Th*, III, q. 14, a. 1.

<sup>2</sup> Santo Tomás, *S. Th*, III, q. 22, a. 2.

Por otra parte, está claro en su Pasión y Muerte que Cristo vino a sufrir las penalidades de los hombres para satisfacer la justicia de Dios y que su sacerdocio culminó ofreciéndose como víctima, jamás como victimario; sufriendo la violencia extrema de los suyos que no lo reconocieron como el Mesías anunciado, porque no se presentó en la figura de un Señor poderoso, sino en la del *pobre Cristo*.

El autor de todo poder se reveló a los hombres como maestro de obediencia, como nos enseña Santo Tomás: de obediencia hasta la muerte de Cruz. Su voluntad humana obedeció a la Voluntad Divina en todo.

Cristo no vino a luchar por la liberación política del pueblo judío, sometido al poder de los romanos; tampoco vino a luchar por la abolición de la esclavitud ni por la causa de la justicia social. Todas esas liberaciones en el orden temporal, preparación para la vida eterna, son nada más que consecuencias de la liberación primordial del pecado del hombre contra Dios.

El problema del mal no es una cuestión histórico-social, sino una cuestión teológica. Las divisiones y enfrentamientos entre los hombres y del hombre consigo mismo, derivan de la división y del enfrentamiento del hombre respecto de Dios.

Es notorio que el principio de la solución de las injusticias sociales reside en la Gracia de Dios y la satisfacción de la Justicia divina por el sacrificio de Cristo en la Cruz. Tal es el significado de la Encarnación del Verbo y de esa recapitulación de la Historia universal en la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

La solicitud y el cuidado del Divino Redentor no es la humanidad en general, ni son las naciones, ni las institu-

ciones sociales. Su solicitud y su cuidado es cada hombre, cada persona en particular, los vivos y los muertos. El ha venido para atender a los pecadores que somos todos los hombres, sin acepción de personas, ni de clases, ni de naciones, ni de razas, ni ideologías. Su tarea primordial es defender a cada uno de nosotros, llamarlo, invitarlo y ayudarlo a seguir tras de El porque es el Camino que lleva a Dios, la Verdad de Dios y la Vida misma de Dios.

Cristo no ha venido a predicar ni a promover la Revolución Social; tampoco un cambio de las estructuras como se dice en nuestros días. Su misión es redimir al hombre, a todo hombre, del pecado y hacerlo partícipe del Reino de Dios que es El mismo. Lo que se propone es cambiar al hombre; promover su renovación interior para que llegue a ser Cristo mismo: hombre nuevo que se convierte con la ayuda de Dios y por la semejanza participada de la filiación natural, en hijo adoptivo del Padre.

3.- Claro está que el hombre convertido a Dios en Cristo, transforma la sociedad y a la historia en la acción redentora por la cual el tiempo se hace imagen de la eternidad y la comunidad de los hombres se convierte en Iglesia, el Cristo total cuya cabeza es El y nosotros sus miembros.

Un sentido realista de la historia de la Humanidad nos la hace interpretar y vivir como historia de la Salvación; esto es, como promesa y esperanza de que culminará en la unión perfecta del hombre con Dios y en la perfecta glorificación de Dios, tal como ha ocurrido ya en la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, resumen de nuestro destino personal y trascendente.

La sociedad, sea natural o sobre natural, existe para el mejor ser del hombre; tiene razón de medio y no de fin en orden al destino de la persona humana, lo mismo se trate de la familia, de la profesión, del Estado que de la Iglesia de Cristo. Las estructuras sociales y políticas son un reflejo, hemos dicho antes, de la estructura ética de las almas. No se puede alcanzar el Bien Común si no hay virtud en los ciudadanos, al menos en un número suficiente, y la virtud es fuerza y perfección del alma. Tan sólo cuando una injusticia que se comete contra un ciudadano, provoca una reacción viva y profunda en los demás, se puede concluir que impera la justicia en la República. No bastan las leyes justas; se requiere que su espíritu viva realmente en las personas sujetas a ellas.

Las amonestaciones más severas de Jesucristo están dirigidas contra los fariseos, celosos custodios de las leyes que violaban, inicuaamente en su fuero íntimo y en su conducta real:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas” porque purificáis lo exterior de la copa y del plato, más el interior queda lleno de rapiña e iniquidad.

*¡Fariseo ciego! purifica primero el interior de la copa y del plato, para que también su exterior quede limpio”. (Mt. 23, 25-26)*

El llamado apremiante de Cristo a la liberación del hombre se refiere al pecado y El es el Libertador exclusivo con la cooperación de la criatura. Todas las otras liberaciones dependen de la previa libertad interior que ordena al alma en la Verdad, la Justicia y la Caridad.

El papa Paulo VI en su *Carta Apostólica* al Cardenal Roy, fechada el 14 de mayo de 1972, se refiere expresamente a

esta prioridad de la renovación del hombre interior: "Hoy los hombres aspiran a liberarse de la necesidad y de la dependencia. Pero esa liberación comienza por la libertad interior que ellos deben recuperar de cara a sus bienes y a sus poderes; no llegarán a ello a no ser por un amor trascendente del hombre y, en consecuencia, por una disponibilidad efectiva al servicio. De otro modo, se ve claro que aún las ideologías más revolucionarias no desembocarán más que en un simple cambio de amos".

## Capítulo I

### EL MANIFIESTO CRISTIANO

1.- La opción política del cristiano, lo mismo que cualquier otra opción humana, supone esa real liberación interior por medio de la conversión a Cristo, autor de todo poder y maestro de obediencia.

El Manifiesto Cristiano, el programa de la Verdad que nos hace libres en el desprendimiento de bienes y poderes personales, es el Sermón de la Montaña. Allí está la definición de lo que es ser cristiano, su perfil esencial y estilo de vida; el fundamento de toda elección justa; el *sí sí* y el *no no* que debe sellar un compromiso definitivo. Allí está la razón esclarecedora de lo que hemos de aceptar y de lo que hemos de rechazar con firmeza en lo político que es lo primero en el orden temporal. Allí está fijado el criterio para discernir los medios más congruentes con el fin que debe orientar la opción política del cristiano: "instaurarlo todo en Cristo", según la clásica expresión de San Pío X.

El Sermón de la Montaña se inicia con las Bienaventuranzas que no tratan de la felicidad terrenal, sino de la felicidad eterna; ni aluden siquiera al bienestar social ni a la prosperidad de las naciones. Se refieren a la persona individual que somos cada uno de nosotros y en orden a nuestro fin último. Jesús se dirigió a sus discípulos y a las multitudes que lo seguían para enseñarles *"la puerta angosta y el camino estrecho que lleva a la vida"* y a la verdadera felicidad del cristiano:

Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque a ellos pertenece el Reino de los Cielos”.

Adviértase que lo dice en tiempo presente; no como una felicidad que se va a gozar en el futuro, sino como una plenitud de ser que ya pertenece a los pobres en el espíritu.

¿Quiénes son pobres en el espíritu o de espíritu, como se lee, de todo lo que poseen y de sí mismos; expropiados del juicio y de la voluntad propios para vivir enteramente según el juicio y la voluntad de Dios. Es el alma en la desnudez extrema de todo lo propio que se reviste de la Sabiduría y de la Caridad de Dios.

La criatura inteligente y libre que al decir de San Juan de la Cruz ha alcanzado “el centro de su humanidad” con ayuda de la Gracia, ya no vive del propio espíritu, sino del espíritu de Dios y en el reino de los cielos. Tan sólo cuando el hombre asume conciencia de su insignificancia frente a la inmensidad de Dios, su indigencia se convierte en abundancia y su pobreza en riqueza.

La última de las ocho Bienaventuranzas también se enuncia en tiempo presente:

“Bienaventurados los perseguidos por causa de la Justicia, porque a ellos pertenece al reino de los cielos”.

No se trata, pues, de una dicha futura sino del gozo supremo que desborda inagotable en aquellos que son perseguidos por causa de Cristo. Participan ya en esta vida mortal de la Bienaventuranza eterna que también está prometida a los mansos, a los afligidos, a los justicieros, a los misericordiosos, a los puros de corazón y a los pacíficos.

Las Bienaventuranzas culminan los dones que tienen su raíz en las virtudes sobrenaturales, sobre todo, en la Caridad, que es la mayor y la que informa y da sentido a las otras, en el Espíritu Santo.

La Caridad es el Amor divino que crea y que redime; es el mandamiento que resume a todos los demás y que Cristo nos dejó al exhortarnos a amarnos los unos a los otros como El nos amó, subrayando que verdaderamente ama al que está dispuesto a dar la vida por su amigo, como la dio El por el hombre.

Amar a Dios sobre todas las cosas y amar al prójimo como a sí mismo, es un sólo y único enunciado, una unidad de significación indivisible, porque amar al prójimo como a sí mismo es querer al otro como Dios me quiere a mí; no con un amor de posesión, sino de donación y servicio. Uno se ama a sí mismo en la medida de su capacidad de darse, de su disposición para servir. La más alta afirmación de mi propio yo, de mi persona, está en el sacrificio de los bienes y poderes que poseo, incluso de mi vida, por un ideal supremo: Dios, la patria, la familia, el amigo.

San Juan de la Cruz afirma que "el alma está más donde ama que en el cuerpo que anima", puesto que es capaz de exponer su cuerpo al sufrimiento y a la muerte por amor.

Los actos más propios y exclusivos de la persona como el acto de conocer y el acto de amar, la llevan más allá de sí misma; le permiten trascender su individualidad sustancial y su incomunicabilidad como supuesto único e independiente: conocer es llegar a ser el otro en tanto que es otro; amar es llegar a ser para el otro en el don de sí mismo.

Y el acto supremo de conocimiento y de amor en la persona del cristiano, se expresa en estos versículos del Evangelio de San Mateo:

*"Quien halla su vida la perderá; y quien pierde su vida por mí, la hallará". (Mt. 10, 38-30)*

2.- El Sermón de la Montaña prosigue detallando los rasgos que configuran el perfil moral del cristiano y conducen a la Beatitud en el Reino de los Cielos que ya está realmente presente entre los hombres.

La primera advertencia del maestro a sus discípulos es definitiva y tajante en cuanto al testimonio y estilo de vida: *"Vosotros sois la sal de la tierra... y la luz del mundo..."* Quiere decir una real presencia, un ejemplo viviente, la verdad militante, agónica, osada e intrépida como Cristo mismo. Jamás insípido, ni desteñido, ni disimulado, ni vergonzante. No puede esconderse la Ciudad de Dios que splende sobre la ciudad de los hombres, ni ponerse debajo del celémín la candela encendida; tienen que brillar con la nitidez soberana de la definición. En el seno de la familia, en la profesión, en la vida de relación, en la cátedra, en la opción política, *"diréis solamente: sí, sí; no, no"*, tal como nos manda Jesucristo más adelante. En orden a la Verdad de Dios y a las verdades esenciales que son un reflejo de Dios en lo temporal —los principios constitutivos de la familia, la propiedad, la escuela, la profesión, la empresa económica, el Estado—; en el orden de los principios y esencias, repetimos, el cristiano no puede aceptar el pluralismo de las opiniones y de los criterios. Aquí debe sostener la verdad y combatir el error con idéntica firmeza; no puede ceder un ápice ni conformarse a nada que sea lesivo del orden natural, cuyo autor es el Verbo que nos ha creado y redimido.

Hay un pluralismo legítimo que el cristiano puede y debe aceptar; pero es en materia opinable, o sea, en lo accidental y contingente. Hay problemas humanos que admiten diversas soluciones y es prudente la confrontación de criterios opuestos.

Es oportuno insistir en esta cuestión del pluralismo para que un cristiano, católico verdadero, no se equivoque en el compromiso político que asuma. En lo que se refiere a la esencia y al fin de las instituciones sociales o, lo que es igual, a los principios del orden natural, el pluralismo es ilegítimo, un grave y funesto error en sus consecuencias prácticas, como se verá más adelante.

El Manifiesto Cristiano insiste en lo fijo e inmutable, en todo lo que es definido y definitivo en orden a la conducta: la Ley y los profetas inspirados no pasarán nunca hasta el fin del mundo y se deberán cumplir hasta en el mínimo detalle en medio de las cambiantes circunstancias. Es que la Ley contenida en los diez mandamientos, dictada a Moisés en el Monte Sinaí, es una versión expresa de la Ley natural, impresa por el mismo Dios en el corazón del hombre. La formulación negativa —no adorar a otro Dios, no mentir, no matar, no fornicar, no codiciar ni la mujer ni los bienes ajenos—, se comprende porque son prohibiciones de hacer el mal dirigidas al hombre del pecado y librado a sus propias fuerzas.

La nueva Ley de Amor a Dios y al prójimo que pone vigencia Jesucristo, no cambia a la antigua, sino que la reviste de una expresión positiva; nos manda amar, obrar el bien, lo cual implica evitar el mal; pero no prescribe nada nuevo, sino que desde la Encarnación, la Gracia de Dios nos mueve a amar, a servir, a dar más de lo debido, en la medida que consentimos a su constante solicitud e influjo en nuestras almas. Por esto es que Jesús nos advierte que si nuestra *"justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraremos en el reino de los cielos"*.

Quiere decir que debemos cumplir esa nueva Ley en la letra y en el espíritu, sobre todo en el espíritu, que es decir

con buena voluntad, con voluntad que ama y abunda en generosidad, obrando lo que es justo y dispuesta a dar siempre más.

Se trata para el cristiano de obrar el bien y evitar el mal, incluso con el enemigo, con quien es injusto con nosotros; responder con el bien al que nos hace mal, cubriendo su falta con benevolencia, sin caer jamás en la ley del Tali3n.

Hay un pasaje delicado en el Serm3n de la Monta3a que requiere un comentario especial para evitar equivo- caciones; se trata del vers3culo 39, del cap3tulo V de San Mateo: *"Mas yo os digo: no resistir al (hombre) malo; antes bien, si alguien te abofeteare en la mejilla derecha, pres3ntale tambi3n la otra"*.

La interpretaci3n literal y directa de esta recomenda- ci3n nos inducir3a a error y nos apartar3a de la justicia. El propio Jes3s no dio esa respuesta al sirviente de Caif3s cuando lo abofete3 en su presencia; por el contrario le replic3 diciendo:

*"Si he hablado mal, prueba en qu3 est3 el mal; pero si he ha- blado bien, ¿por qu3 me golpeas?"* (Jn. 28, 23)

Nos atrevemos a insistir en que Jes3s, confirmando la recta posici3n socr3tica ante la injusticia que padecemos, quiere significar que el peor de los males es cometer una injusticia; aunque el destinatario sea el que nos ofende o nos despoja personalmente, no es l3cito devolverle la in- juria conforme el tali3n: ojo por ojo y diente por diente.

No es l3cito al cristiano resistir a la injusticia con injus- ticia; replicar al mal con otro mal; responder con un golpe prohibido al que nos ha golpeado en forma desleal.

Por el contrario, y en el orden estrictamente personal, lo mejor es responder al mal con el bien, a la injusticia con la justicia que abunda, la cual excede por amor lo debi- do al otro incurso en injusticia contra uno mismo:

“Y si alguno te quiere citar ante el juez para quitarte la túnica, abandónale también tu manto”.

“Y si alguno te quiere llevar por fuerza una milla, ve con él dos”.

*“Da a quien te pide, y no vuelvas la espalda a quien quiera tomar prestado de ti”.* (Mt. 5, 40-41,42)

El amor y, sobre todo, la Caridad de Dios, perfecciona la justicia de los hombres, con una abundancia que va más allá de lo debido a otro; incluso más allá del que falta a la justicia.

El pagano Sócrates sabía por la razón natural que el peor de los males es cometer una injusticia, infinitamente peor que padecerla; sabía también que la causa deficiente del mal es la ignorancia tan frecuente en el hombre que existe para el saber y la verdad. Y la ignorancia que engendra el mal es la del que no sabe y cree que sabe; pero más todavía la del que no quiere saber. Claro está que en este último caso hay una perversión de la voluntad.

*3.- En el cristiano se profundiza la conciencia del mal y de la culpa; conoce por la Fe sobrenatural el origen de la proclividad hacia la ignorancia del necio y puede obrar el mal incluso queriendo el bien; conoce que el Diablo opera principalmente sobre la inteligencia para tentar al hombre.*

La seducción de Adán y Eva consistió en soliviantar la pasión curiosa, exasperando el apetito desordenado de la ciencia del bien y del mal, como si fuera el saber sumo; error análogo al de creer que el libre albedrío o poder de obrar el bien y el mal es la suma libertad.

La ciencia perfecta es la verdad de lo que es, de todo cuanto existe o puede existir conocido en su principio y en su fin. Y la perfecta libertad es la de quien no puede

pecar, la libertad de Dios que en su omnipotencia permite el mal para obtener un bien mayor, pero que no puede obrar el mal por sí mismo, lo cual sería una deficiencia en su voluntad. La libertad de la Santísima Virgen María fue más acabada, cumplida y perfecta que la de cualquier criatura porque era impecable. Los santos son los más libres entre los hombres porque llegan a obrar exclusivamente el bien, conforme a la voluntad de Dios y por la gracia de Dios.

Por esta causa deficiente del mal y de la injusticia que es, a menudo, la ignorancia, Jesucristo agonizante en la Cruz y movido por la inmensidad de su amor, imploró al Padre el perdón de sus verdugos: "*Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*". (Ls. 23-34)

Y acaso el hecho de que Adán y Eva cayeran por la seducción de una inteligencia superior que oscureció la propia, movió a la infinita Misericordia de Dios para que decidiera salvar al hombre. Ellos no comprendieron que la ciencia del bien y del mal era mucho menos y muy inferior a la pura ciencia del bien que Dios les había concedido por gracia preternatural así como no comprendemos ordinariamente que la libertad en el mal y en el vicio nos hace cada vez menos libres y termina por reducirnos a la esclavitud.

Claro está que Jesús no se cansa de repetirnos que debemos obrar siempre el bien, incluso con nuestros enemigos que procuran nuestro mal; también que no debemos jamás responder a la injusticia con la injusticia; pero esto no significa que el cristiano no deba resistir ni reaccionar frente a la agresión injusta en contra de Dios, de la Patria, de los suyos, de sus amigos o de su propia persona. Por el contrario, debe estar siempre dispuesto y provisto para

defender con viril energía a todo aquello que es sagrado o digno de ser amado, reverenciado y respetado.

Una cosa es no obrar mal ni con injusticia; otra cosa es no defender hasta la muerte una causa justa por la cual es el bien mayor arriesgarlo todo.

Cristo se ofrece como víctima a sus enemigos porque tiene que satisfacer la Justicia de Dios por la pena del pecado de los hombres. No se defiende contra el ataque inicuo, porque el precio de la Redención exige el Sacrificio y está dispuesto a pagarlo para hacer la Voluntad de Dios, a pesar de su alma mortalmente triste.

*"...se postró con el rostro en tierra, orando y diciendo: «Padre mío, si es posible pase este cáliz lejos de Mí; más no como yo quiero, sino como Tú»..." (Mt. 26, 39)*

Estaba en juego la justicia de Dios y el primero que nos amó se dispuso a satisfacer esa Divina Justicia por el único camino eficaz que es el Sacrificio; ley natural de la criatura inteligente y libre, religiosa por su misma esencia y cuyo primer acto es la celebración, la ofrenda, el sacrificio por Dios y por todo lo que conduce a Dios.

4.- La persona de Cristo que es la del Verbo de Dios y en la cual subsiste íntegra la naturaleza humana, nos ha confirmado con su testimonio y ejemplo que la verdadera fuerza redentora está en su sangre derramada en la Cruz y en nuestra sangre cuando se suma a la Suya. El supremo señorío de la persona humana sobre sí misma, consiste en *«dar la sangre por amor a la Sangre»* como dice Santa Catalina de Siena.

El Sacrificio es el primer fundamento y el sostén último de toda obra, institución y empresa humanas, sean grandes o pequeñas, trascendentes o anónimas. Sin disposición al sacrificio no puede haber fidelidad continuada,

ni constancia persistente en el esfuerzo, ni fortaleza suficiente para resistir la adversidad; pero ese sacrificio del hombre tiene que ser partícipe por la Gracia de Dios, de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo para ser vencedor incluso en la derrota y para que la vida verdadera surja de la muerte con nitidez y fulgurante en la Esperanza sobrenatural.

Una familia lo mismo que un Estado nacional soberano se levantan y se sostienen por el sacrificio. El ejemplo más remontado es la Iglesia de Dios levantada sobre el Sacrificio de Cristo en la Cruz.

La primera realidad política en la nación es su existencia soberana, conquistada por el sacrificio de la sangre inocente derramada, inocentemente en los campos de batalla. Su defensa y conservación exige estar provistos para renovar, en cualquier momento, el mismo sacrificio. Esta es la misión específica de las Fuerzas Armadas y su plena justificación profesional.

Toda vez que se pretende desconocer esa finalidad o alterar su misión, las Armas se degradan en fuerzas pretorianas, mercenarias, cipayas o burocráticas para guardar el orden bajo cualquier amo extranjero o internacional.

La Soberanía política de la nación cuyo ejercicio hace posible el servicio del Bien Común, no se funda en los derechos del hombre y del ciudadano, ni en el sufragio universal, sino en la manifestación más pura y más elevada de la persona humana que es el sacrificio.

Claro está, que la persona es sujeto de derechos irrevocables, tiene lo suyo que debe serle reconocido y respetado; pero lo más importante es el fin de lo suyo, el para qué de los bienes espirituales y materiales que posee. El derecho es algo radical propio del ser subsistente que existe

en sí por sí; pero los bienes, incluida la propia vida, no los posee para sí misma, porque la persona humana existe para Dios y para el prójimo en Dios. Y el único mediador en esta unión con Dios que exige la naturaleza caída del hombre y el cumplimiento del fin último de su existencia, es Cristo. Por esto es que para vivir en conformidad con el orden natural mismo, el hombre necesita que Cristo reine en su alma y en sus relaciones con el prójimo, en la familia, en la propiedad, en la profesión, en la escuela, en la Universidad, en la empresa económica, en la Justicia y en el Estado soberano.

5.- El Sermón de la Montaña predica el recogimiento y la necesidad de una real y verdadera interiorización en la vida del cristiano de todo lo que se refiere a Dios y al prójimo en vista de Dios. En la limosna, la oración y el ayuno se requiere la más extrema discreción y la reserva más estricta para evitar toda vana ostentación. Se trata de obrar por Dios incluso en el servicio del prójimo y de que sea Dios el término de nuestra solicitud. En cuanto al Padre Nuestro, la oración que nos dictó el propio Jesús, es un acto de adoración y una súplica apremiante para que la Divina Voluntad impere en todos nuestros pensamientos y acciones.

El pagano Séneca, contemporáneo de Cristo que ignoró su presencia, nos demuestra que el alma es naturalmente cristiana cuando concluye que obedecer a Dios es libertad.

La oración en comunidad no está excluida por cierto. Nada más natural que celebrar, agradecer y glorificar a Dios en grupo; pero el acto de orar debe emanar de lo más íntimo y personal de cada uno, en coincidencia de intención y finalidad con nuestros hermanos. La oración comunitaria no puede ser jamás expresión de masa anóni-

ma e impersonal. Cada uno es quien es cuando se dirige a Dios, aunque lo haga junto con otros y la alabanza o la súplica sea común.

Jesús nos recomienda no amontonar tesoros en la tierra porque son percederos y podemos perderlos o ser despojados de ellos. Tan sólo los bienes que atesoramos en el cielo, son indestructibles y nos enriquecen para la eternidad. Sin el peso de bienes materiales que nos abruman, la mirada limpia y desprendida hace transparentes a las cosas en su luz radiante.

Allí donde está realmente el bien que preferimos, allí mismo está la mirada de nuestro corazón. La medida de lo que somos se manifiesta en lo que amamos; el valor de una persona se acusa en su actitud en presencia de la grandeza y de la insignificancia, de las cosas nobles y de las vulgares, de lo que tiene razón de fin y de lo que tiene razón de medio. En el orden del amor que es preferencia de lo mejor y del odio que es desprecio de lo peor, hay dos extremos contrapuestos: Dios que es el fin mejor, supremo y último, y el dinero que es el medio más subalterno, porque es medio de medios.

Cuando el hombre no adora al verdadero Dios, suele caer en la idolatría de Mammón que personifica al dinero, el medio universal de la compra y venta de los otros bienes.

Nos advierte Jesús que "nadie puede servir a dos señores; porque odiará al uno y amará al otro; o se adherirá al uno y despreciará al otro. Vosotros no podéis servir a Dios y a Mamón". (Mt. 6, 24)

Aquí está el dilema teológico y metafísico en que tiene su raíz última la opción política del cristiano, sobre todo, en este tiempo en que el Vicario de Cristo ha denun-

ciado, primero con Pío XI y después con Paulo VI la existencia del *Poder Internacional del Dinero* y de los *Poderes multinacionales de orden financiero y económico*.

El reino del Anticristo no está por venir; ha venido ya y es este mundo de hoy por el cual no quiso orar Jesucristo en su despedida. Tanto el llamado mundo libre como el dominado por el comunismo ateo, reconocen como amo y señor al Poder del Dinero; por eso tienen vigencia el pluralismo ideológico y la coexistencia pacífica. No hay «tercer mundo», porque no hay más que este Reino del Anticristo y el Reino de Cristo que vive en un resto de cristianos fieles, el pueblo de Dios, la Iglesia que preside el Papa, cuyo signo de autenticidad es la contradicción con el mundo. (Diagnóstico reservado para el cristiano que allí donde se encuentra, vive en idilio fraterno con los enemigos y renegados de la Fe de Cristo).

Cuando se ha llegado al extremo de la contradicción y se ha instaurado sobre el mundo de hoy el *Imperialismo Internacional del Dinero*, la decisión del cristiano debe ser igualmente radical y extrema. El principio de su única opción política debe ser el Reino de Cristo en el alma y en la Ciudad. No caben los términos medios, ni transigencia, ni concesión, ni componenda en nada. Su lenguaje y sus acciones, sí, sí y no, no. Esta es la conducta que nos dicta la virtud prudencial informada y realizada por la Caridad.

No se trata de negar a la negación que es el principio de la dialéctica o lógica de la apariencia sin ser. Se trata de la afirmación frente a la negación que es la lógica de la identidad. No hay más que la Verdad misma que es Cristo, “poder y sabiduría del Padre” frente al padre de la Mentira. No hay más que la Soberanía de Cristo, Rey

de reyes, principio de todo señorío legítimo como la exclusiva réplica a la ficción satánica de la Soberanía popular. Toda autoridad humana viene de Dios y es una delegación del Padre por la mediación de su Divino Hijo en cuanto es también Hijo del hombre, Jesucristo, que confiere la dignidad real a sus discípulos como su Padre se le ha conferido a El. (Ls. 22, 29)

El Manifiesto cristiano nos aconseja no preocuparnos demasiado por nuestra vida material, cuyas necesidades Dios conoce y nos ayuda a proveer; pero que no son lo primero y principal para el hombre en cuanto a su naturaleza y al fin de su existencia. Por el contrario, hay una prioridad de lo religioso, espiritual y trascendente, de cuya atención adecuada depende el mejor ordenamiento de lo económico y social: *"Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura"*.

La inactualidad del Manifiesto Cristiano se extrema en este punto, porque la corriente de la Historia proclama en sus diversas expresiones que lo primero es alcanzar la prosperidad económica, el bienestar material, lo mismo para las personas que para las Naciones. La palabra en boga, *desarrollo*, significa crecimiento científico, técnico, industrial, asistencial, en seguridad y confort; lo espiritual viene después si es que se lo tiene en cuenta.

Lo real y efectivo es que en esta búsqueda febril del paraíso terrenal, lo que se va configurando es un verdadero infierno en esta tierra.

La prescindencia absoluta de lo religioso en lo político y la subordinación total de lo político a lo económico, comporta la más flagrante subversión del orden natural y el predominio del materialismo ateo en la mentalidad dirigente. Aquí radica principalmente la inactualidad y el

anacronismo del Sermón de la Montaña, en contraste con la actualidad y vigencia plenas del Manifiesto Comunista, incluso entre los que son miembros de la iglesia de Cristo y se declaran cristianos.

No tiene otra explicación posible la resolución del problema teológico en un problema social, ni la sustitución creciente de la divina Redención por la Revolución comunista. Los cristianos en gran número están urgidos por la felicidad en esta vida y postergan su preocupación por la bienaventuranza eterna.

Las cosas son como son y su orden natural es lo mejor que tienen, sean cuales fueren las vicisitudes en esta vida.

La política es lo primero en lo temporal, pero está subordinada a la Religión verdadera en orden al fin último y trascendente de la persona humana. El planteo y solución de las cuestiones temporales —familia, propiedad, profesión, educación, economía, derecho, Estado—, tienen que ver con Cristo en cuanto es el autor de la naturaleza y el Divino Redentor de la criatura caída que la devuelve a la unidad con Dios.

La política subordina a su vez a la economía, porque tiene el cuidado del Bien Común, suprema ley de la sociedad después de Dios y uno de los pilares junto con la iniciativa personal de una economía al servicio del hombre. Esta prioridad la subraya el Papa Paulo VI cuando concluye su *Carta Apostólica* ya citada diciendo: «cada uno siente que en los campos social y económico —tanto nacionales como internacionales—, la decisión última recae sobre el poder político».

Jesús nos previene acerca de nuestra premura y severidad para juzgar la conducta de los demás, en contras-

te con la lenidad con que juzgamos nuestros propios actos: *"la medida que usáis, se usará para vosotros"* (Mt. 7, 1).

Tan sólo el que tiene autoridad debe administrar justicia en su jurisdicción, teniendo siempre presente que Dios es, a la vez, justiciero y misericordioso, riguroso y comprensivo. La prudencia informada por la Caridad de Dios en el cristiano, va más allá de la exactitud en el ejercicio de la Justicia. La Justicia estricta es dura, cruel, inexorable y sólo es lícito emplearla para jugar nuestra propia conducta, o sea, para "ver la viga en el propio ojo". No hay más que la Caridad para compensar la extrema desigualdad entre la culpa y el mérito. No hay más que la abundancia de amor para cubrir la falta de amor: «muchos son malos por no haber sido suficientemente armados», enseñaba Pío XII.

6.- El Sermón de la Montaña advierte al cristiano acerca de la defensa y preservación de las cosas santas y, en consecuencia, de todo lo noble y egregio, en la relación con los demás:

*"No déis a los perros lo que es santo y no echéis vuestras perlas a los puercos, no sea que las pisoteen con su pie y después, volviéndose, os despedacen"*. (Mt. 7, 6)

Hay que cuidar las cosas de Dios y las que reflejan a Dios en lo creado, del manoseo de los seres vulgares, torpes o pervertidos. En toda mezcla de lo mejor con lo peor, sufre lo que es mejor; tampoco se puede usar un lenguaje ordinario, chabacano, ruín, para hablar de las cosas remontadas en el valor.

Si la primera exigencia de una política justiciera y caritativa es un trato de honor para todos los hombres, ¿cuál no será la exigencia de la criatura hacia el Creador, del pecador redimido hacia el Divino Redentor?

Cada uno de los seres tiene su rango ontológico, su valor propio y su lugar en la jerarquía del universo. Hay un sentido de la proporción, de la medida, del orden de las partes constitutivas de una cosa o de las personas que componen una familia, una empresa, una Nación, un Estado; el primer cuidado es respetar dicho orden y tratar a cada ser según es y vale. So pretexto de extender al mayor número y de hacerlo partícipe de los contenidos superiores de la cultura, no es lícito vulgarizar, ni allanar lo que exige elevarse, ni pretender resolver lo distinguido en lo ordinario. Dios se hizo hombre sin dejar de ser Dios; el primero se hizo último pero sin dejar la primacía; se convirtió en siervo de los siervos sin dejar de ser el verdadero Señor.

Cristo predicó para todos los hombres, de todo lugar y tiempo; su palabra es la Palabra misma de Dios y para que llegara intacta hasta el fin de las edades instituyó una cátedra divina, porque lo sobrenatural reclama un magisterio sobrenatural ejercido por un hombre de juicio infalible cuando define la Verdad de Dios revelada. La infalibilidad del Papa no es por virtud natural, sino por su obra y gracia del Espíritu Santo. Cristo es romano porque su primer vicario que fue elegido por El entre sus discípulos, murió mártir en Roma. Y la Roma de Pedro es la sal de la tierra y la Luz del mundo que irradia la Verdad creadora y redentora.

Todo aquél que reconoce su indigencia y pide, recibe la abundancia de Dios; el que lo busca es porque ya ha sido encontrado por El y el que llama a su Puerta ya ha sido invitado a entrar. La Gracia de Cristo es la que mueve a la libertad del hombre para que quiera ser uno con Dios en El, verdadero Dios y hombre verdadero.

La salvación está en querer la unión con Dios por el mérito de la Cruz, como Dios quiso ser uno con nosotros haciéndose hombre. Por esto hemos de obrar en la misma dirección de lo mejor que queremos obren los demás hacia nosotros. Lo que importa decisivamente no es no obrar mal, sino obrar el bien por un movimiento gratuito de amor; ésta es la Ley de los Profetas.

7.- El Manifiesto Cristiano insiste en que el camino a seguir es estrecho, duro, difícil. Exige esfuerzo continuo y disposición al sacrificio. Espacioso, suave y fácil es el camino que lleva a la perdición. El cristiano debe cuidarse de los falsos profetas que se revisten de ovejas y son lobos rapaces, adulones, demagogos, ilusionistas, prometedores de una vida fácil, sin esfuerzo y sin sufrimiento. Por los frutos se conoce el árbol y los aprendices de brujo, no producen más que frutos de desolación y muerte.

No basta predicar en nombre de Cristo ni obrar prodigios que fingen milagros. La mirada de Dios devela toda falsedad oculta y el fariseísmo siempre renovado.

El cristiano debe ser testigo y hacedor de la Verdad, por lo que está obligado a combatir el error y el mal allí donde se encuentren. Es la figura de un hombre prudente que edifica su casa sobre la roca firme e indestructible, ningún vendaval puede conmoverla siquiera y permanece en pie a través de la mudanza de las edades.

El cristiano es el hombre esencial restituido a la unidad con su fin último y trascendente en Cristo, Nuestro Señor y Señor de la Patria. Su primer cuidado es lo que permanece y atiende a lo que cambia en función de lo permanente. Sabe que la humanidad perfecta ha existido ya y es la causa ejemplar de su propia vida y del orden insti-

tucional. Y entre las criaturas su ideal supremo, el modelo y arquetipo es la Santísima Virgen María, la más próxima santidad, sabiduría y heroísmo a su divino Hijo.

8.- El hombre es por naturaleza, un animal religioso, metafísico y político. La diversidad de sus potencias y operaciones se articula en un orden jerárquico que culmina en lo religioso. Cada hombre es una persona singular y exclusiva con vocación de eternidad; despliega su propio ser a través de lo social natural y sobrenatural, en vista de un fin último y trascendente. Cada persona es quien es, distinto y no hay verdadera unidad sino en lo distinto, tal como ocurre con la unidad de Dios en las tres Personas distintas. Y la unidad que es el mismo nombre del ser, la verdad y el bien, unidad de orden moral cuando se trata de personas distintas concertadas para un fin idéntico.

El pagano Cicerón en su libro *Las Leyes*, de inspiración platónica, nos recuerda que "la Ley (que rige el orden del Estado) no es el producto de la inteligencia humana ni de la voluntad popular, sino algo eterno que rige el universo por medio de sabios mandatos y sabias prohibiciones. Luego esta Ley se identifica con la mente divina... es legítimo celebrar una ley que es el regalo de los dioses al género humano, la razón y la inteligencia del sabio en tanto son capaces de mandar y prohibir".<sup>1</sup>

La ley eterna y la ley natural que es su reflejo en la criatura inteligente, tienen un sujeto único en Cristo por la unión hipostática de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la Persona del Verbo creador y reden-

<sup>1</sup> CICERÓN, *De Legibus*, libro II (Cfr. ed. México, Porrúa, 1973, p. 115).

tor. Cristo realizaba las cosas propias del hombre de una manera sobrehumana; su humanidad obraba en virtud de su divinidad; nos amó El primero y se ofreció como víctima perfecta por nuestros pecados; pero nos juzgará el último cuando venga revestido de gloria y majestad, *"porque le ha sido entregado todo poder en el cielo y en la tierra"*. (Mt. 28, 18)

Cristo es el Verbo de Dios, la Ley viviente que nos ha creado; hecho hombre, nos ha redimido y, finalmente, será nuestro Juez inapelable. El cristiano tiene que querer instaurarlo todo en Cristo y, en su opción política, su ideal supremo será reconstruir la ciudad humana conforme al modelo de la Ciudad divina que es el Cristo total; El, la Cabeza y nosotros, los miembros del Cuerpo Místico.

9.- El Sermón de la Montaña es también un manifiesto político, porque se dirige a todos los hombres y a todo el hombre, tanto a su vida privada como a su vida pública.

El orden cristiano no puede ser lesivo para ninguna persona, aunque no sea cristiana, aunque niegue la divinidad de Cristo, tenga otra o ninguna creencia religiosa. Cristo ama, respeta y defiende a todo hombre, sin acepción de personas ni discriminación de ninguna especie, todo lo que sea conforme al orden natural en la convivencia, es cristiano porque Cristo es el autor de la naturaleza.

Cristo confirma, restablece y realza con prestigio divino, todo lo que es conforme con la naturaleza racional y libre de la persona humana, allí donde Cristo reina, en la familia, en la propiedad, en la profesión, en la empresa, en la escuela, en la Nación, en el Estado, el hombre, todo hombre es tratado con el honor debido a la persona, imagen y semejanza de Dios.

Cristo y su Iglesia Romana no sólo son la Verdad, sino que todas las fundaciones sociales del tiempo español en nuestra patria, se realizaron alrededor de la Iglesia de Cristo.

Los héroes nacionales y los ejércitos de la Independencia y de la Soberanía política fueron cristianos y marianos.

No hay, no puede haber Argentina soberana sin que Cristo y María reinen en ella.

La influencia de la ideología liberal decisiva desde Caseros y la influencia de la ideología marxista desde la fundación del partido socialista en 1896 y de la Reforma Universitaria de 1918, han sido negativas y disociadoras de nuestro ser nacional. Nos han ido sustituyendo la idea divina de Redención por la idea del Progreso en el bienestar y finalmente por la Revolución Social en marcha. Nos han ido resolviendo el principio de la Soberanía popular, hasta la confusión de este último con el primero.

El resultado del predominio creciente de estas ideologías anticristianas, antinacionales y antijerárquicas, son las ruinas acumuladas por el laicismo escolar, la economía y el derecho liberales, la demagogia populista, el pluralismo indiscriminado y la mentalidad marxista que prevalece en nuestra clase dirigente. Ruinas que nos han arrastrado a la dependencia ideológica y económica; nos han entregado a la explotación de la usura internacional, empobreciéndonos a pesar de nuestras inmensas riquezas naturales y provocando una subversión social que nos está arrollando.

La Palabra de Dios y el programa de la vida cristiana han sido paulatinamente desplazados por la palabra y el programa de vida confortable y próspera en esta tierra que se expone en el manifiesto Comunista de Marx y Engels, publicado en alemán a comienzos del año 1848.

Los Santos Evangelios de Nuestro Señor Jesucristo no han sido leídos y escuchados en veinte siglos, por el número de gentes de todas las lenguas que han leído y escuchado en poco más de un siglo, el Manifiesto del ateísmo contemporáneo.

Y el confucionismo en la gente cristiana llega al extremo de que hay sacerdotes de Cristo que pueden hacer impunemente afirmaciones como la siguiente: "El Manifiesto Comunista de Marx y Engels parafrasea el Evangelio de Jesucristo".

10.- Acabamos de comentar el Sermón de la Montaña, cuya primera exigencia es ser pobres del propio espíritu para alcanzar ya mismo la riqueza del Espíritu de Dios que nos hace partícipes de la Felicidad eterna en esta vida terrenal y pasajera. La pobreza de que habla el Manifiesto Cristiano es la del total desprendimiento de los bienes y poderes que se tienen, así como del juicio y de la voluntad propios; no hay otro modo para estar dispuesto a servir a Dios y al prójimo; no hay otro modo de amar a nuestros semejantes como Cristo nos amó. Aquí no se trata de ser pobres de pecunia, sino pobres de sí mismos, lo cual es difícil tanto para los que tienen poco como para los que tienen mucho; más difícil para estos últimos.

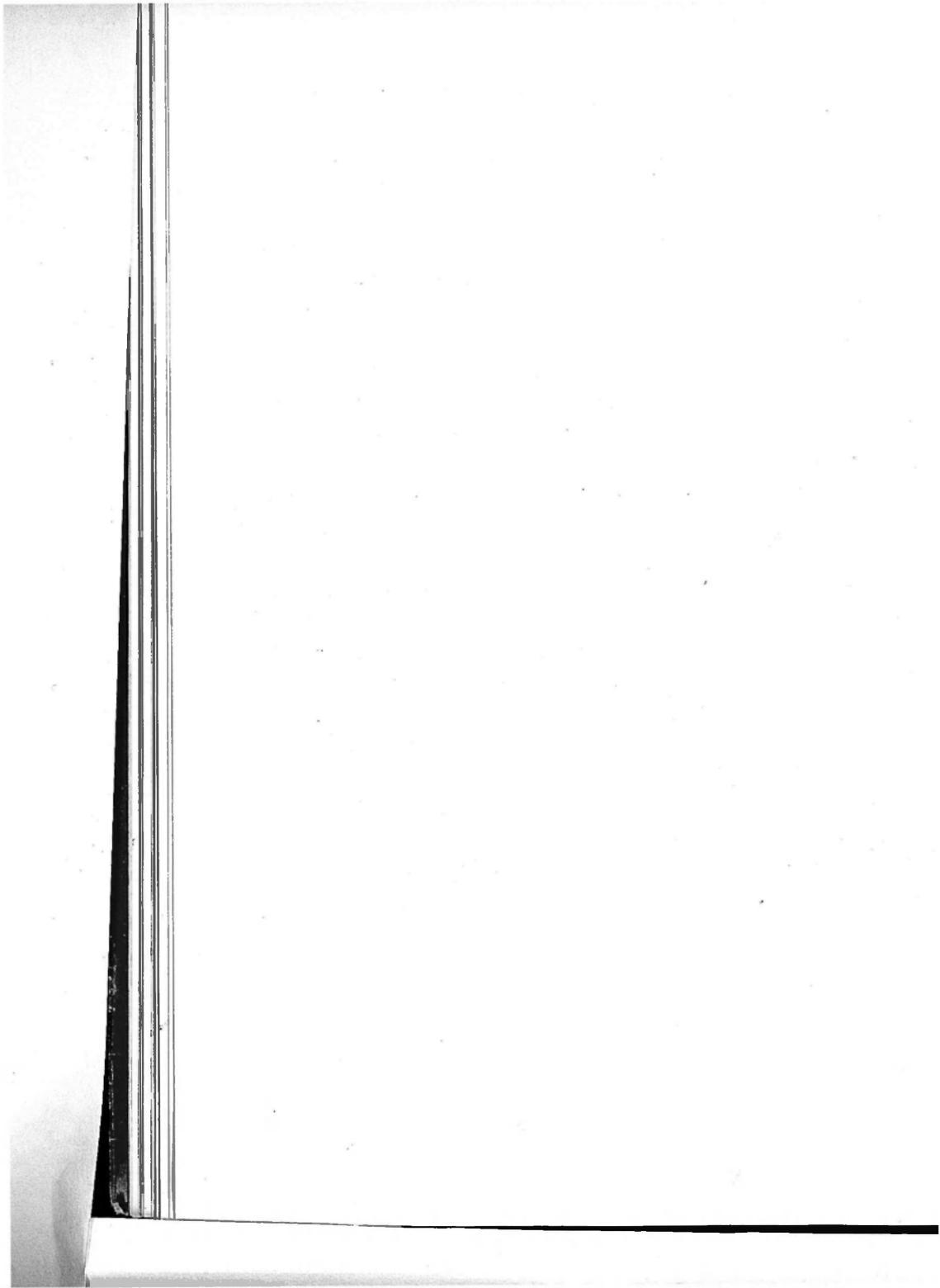
El Manifiesto Comunista se dirige a los pobres de pecunia y les promete llegar a ser ricos en esta vida que es, por otra parte la única; esto es, cambiar el valle de lágrimas que ha sido esta tierra para el mayor número, en un verdadero paraíso que disfrutarán las futuras generaciones. Los que pasaron, pasaron y no hay nada para ellos; ni siquiera para los que en el presente soportan un estado de servidumbre irremediable, bajo el yugo comunis-

ta, la felicidad terrenal es, apenas, una promesa para los que no han nacido todavía.

La Fe de Cristo excede la razón natural pero no la contradice. Es una verdad de razón, confirmada por la experiencia, que todos los hombres tienden naturalmente hacia el saber y la felicidad. Si queremos ser precisos: hacia la plenitud del saber y de la felicidad, a pesar de las limitaciones, relatividades y contradicciones de su existencia temporal.

La fe en la riqueza de bienes humanos, distribuidos conforme a la sentencia del socialismo marxista-leninista: "De cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades"; esta fe en los límites de la razón natural, pero aunque fuera realizable —la experiencia documenta que jamás ha ocurrido—, no sería nada más que una satisfacción de bienes relativos, no la que sólo puede procurar el Bien absoluto y trascendente, hacia el cual tendemos desde lo más profundo de nuestro ser. Y no ha ocurrido jamás ni siquiera esa justa distribución de los bienes relativos porque el hombre nace proclive al mal y no hay medio humano para esa dolencia.

Vamos a dedicar el próximo capítulo a un análisis del Manifiesto Comunista para demostrar la falsedad de sus principios y la falacia de sus conclusiones, a fin de comprender mejor que sin Cristo nada podemos hacer, ni siquiera para instaurar una Justicia y un bienestar relativos entre los hombres.



## Capítulo II

### EL MANIFIESTO COMUNISTA

1.- En el año 1969, publicamos una edición crítica del "Manifiesto Comunista" de Marx y Engels, con un comentario que puede considerarse exhaustivo de su significado y alcance<sup>1</sup>. Nos remitimos a dicho opúsculo para un estudio completo y detallado. Aquí nos interesa develar la inspiración satánica de su palabra y las promesas de sus falsos profetas, tan seductoras como ilusorias. Una ideología, fundada sobre las necesidades materiales, apremiantes, pero relativas al animal que no es lo distintivo de la naturaleza humana, sino lo genérico y común con los animales irracionales; un programa de vida y el mesianismo prometedor de "una felicidad de potrero verde", configurados en los límites de la zoología; la creencia en que los progresos de la ciencia, la técnica y la industria humanas van a incrementar de tal modo la riqueza de bienes materiales que su justa distribución, colmará a toda la humanidad futura y cada hombre disfrutará de una vida segura y confortable.

El hombre moderno, la gran mayoría de los hombres de hoy, ricos y pobres, no cree en el pobre Cristo crucificado por nuestros pecados para redimirnos del pecado. Ha dejado al verdadero Señor y no cree más que en el Poder de las riquezas, sobre todo, en el Poder del dine-

<sup>1</sup> Cfr. GENTA, JORDÁN B., *El Manifiesto Comunista. Estudio Crítico*, Buenos Aires, Cultura Argentina, 1969, 153 p.

ro, su expresión y medida universales. Sucumbe a las tres tentaciones del Diablo que enfrentó Cristo en el desierto, olvidando la respuesta a cada una de ellas y el propósito docente de instruirnos.

No hay duda de que los prodigios de la técnica científica nos permiten convertir las piedras en pan: pero olvidamos que no sólo de pan vive el hombre.

No hay duda de que el paracaídas, moderna invención científica, nos sostiene al precipitarnos en el vacío; pero olvidamos que no debemos tentar a Dios si o queremos estrellarnos en otros saltos en el vacío que se refieren al orden moral, del cual es parte la política.

No hay duda de que hombres y naciones se arrodillan hoy ante el Poder del Dinero o de las riquezas materiales, porque olvidan al verdadero Señor. El animal religioso, adorante, creado para conocer, amar y servir a Dios, revestido con los prodigios de una ciencia y de una técnica que lo hacen dueño del universo material, ha caído en la más abyecta idolatría de Mammón, la figura misma del Anticristo.

Pero todo el oro del mundo no permite eludir la decrepitud y la muerte; no hay agua de juventud, ni elixir de larga vida que se pueda adquirir con el sucio dinero que erige ídolos con pies de barro, como todos los ídolos.

¿Hay alguien que ignore hoy, a menos que prefiera voluntariamente el engaño, al *Imperialismo Internacional del Dinero* cuyos titulares son un puñado de banqueros ateos y apátridas que dominan el mundo?

Hay un pasaje en *El Manifiesto Comunista* que explica con precisión insuperable, el sentido de la revolución de los modernos, protagonista por el homo economicus en la figura del burgués liberal:

"La burguesía ha representado en la historia, un papel esencialmente revolucionario".

"Donde quiera logró el Poder... destruyó sin piedad todos los vínculos que unían al hombre feudal con sus superiores naturales para que no subsistiera otro vínculo entre hombre y hombre fuera del frío interés, del duro *pago al contado*. Así pudo ahogar el éxtasis religioso, el entusiasmo caballeresco, el sentimentalismo pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Redujo la dignidad personal a un simple valor de cambio y reemplazó las numerosas libertades, tan costosamente adquiridas, con la única implacable libertad de comercio. En una palabra, en el lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas ha puesto una explotación abierta, desvergonzada, directa y brutal." <sup>2</sup>

El hombre que Marx y Engels llaman feudal, es el cristiano, la criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, caída y redimida por Cristo en la Cruz. Es el hombre que obra males e injusticias, pero que sabe que son males e injusticias; si peca tiene conciencia de su culpa, se arrepiente, recurre a la penitencia y acepta la expiación, conoce la miseria de su condición y se dirige hacia el Único que puede rescatarlo en su Grandeza. Tan sólo el ateo, el incrédulo o el renegado de Cristo, no es capaz de entender y menosprecia a la Religión y la Moral "como formas veladas" de la explotación del hombre por el hombre, de los más por los menos.

La figura del burgués en la versión del Manifiesto Comunista, es la del *hombre egoísta* que arrasa con las creen-

<sup>2</sup> MARX, CARLOS y ENGELS, FEDERICO: *El Manifiesto Comunista*, Buenos Aires, Anteo, 1965, p. 35 y ss.

cias, ideas y valores de la Tradición del Occidente Cristiano. Es el hombre del pecado que postula su inmaculada concepción (bondad natural), para traspasar el origen del mal y de la injusticia a las estructuras sociales. Todo se arregla, con un cambio de las estructuras como discurren, incluso, muchos cristianos en el día de hoy.

2. El Manifiesto Comunista es el programa de la Revolución Social que desde hace siglos, viene desplazando al manifiesto cristiano con su divina Redención. El remedio no está en la renovación del hombre interior en Cristo, sino en la ruptura más radical con el antiguo régimen, con las ideas y las instituciones tradicionales, iniciada por la revolución liberal y completada por la revolución comunista. No hay duda de que la burguesía liberal "produce, ante todo, a sus propios sepultureros. Su caída y la victoria del proletariado son igualmente inevitables".<sup>3</sup>

El principio del cambio y de la Revolución permanentes, Marx y Engels lo refieren, en última instancia, a las relaciones de producción; esto es, a la dinámica económica de la producción y distribución de la riqueza económica.

Ocurre que la dialéctica materialista de la sociedad y de la historia adquiere un ritmo vertiginoso e incontenible en la época burguesa que conmueve a todo el sistema social: "Las relaciones sociales tradicionales, rígidas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas que se veneran de antiguo, se disuelven; las nuevas envejecen antes de haber podido consolidarse. Cuanto era permanente y estable se esfuma; cuanto era sagrado es profanado"<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 49.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 36.

Engels tiene una sentencia que resume esta idea del cambio que hoy domina en todos los órdenes del pensamiento y de la política: "Todo lo que existe merece perecer".

Hasta la Santa Iglesia de Cristo se presenta como la Iglesia del cambio.

El ideal del desarrollo se aplica universalmente y reviste un valor mágico. En rigor, se significa con esta palabra, lo mismo que con la palabra evolución, progreso, renovación incesante y ascendente.

La perspectiva de eternidad ha sido suplantada por la perspectiva de desplazamientos sucesivos y del pasar siempre a otro.

«No hay más que relaciones sociales surgidas del modo de producción y propiedad —relaciones transitorias que el curso de la producción hace desaparecer—. Lo que se admite para la propiedad antigua, para la propiedad feudal, no queréis admitirlo para la propiedad burguesa... »<sup>5</sup>.

«A lo sumo podrá reprocharse a los comunistas el querer introducir, en lugar de una comunidad de las mujeres hipócritamente disimulada, una comunidad franca y oficial... Los obreros no tienen patria, no se les puede quitar lo que no poseen... Las ideas dominantes de una época —religiosas, éticas, políticas, sociales— no han sido jamás otra cosa que las ideas de la clase dominante... La revolución comunista de la propiedad; nada hay de extraño si en el curso de su desarrollo rompe de la manera más radical con las ideas tradicionales»<sup>6</sup>.

El programa del Manifiesto Comunista tiene como objetivo supremo una sociedad sin Dios, sin Patria, sin Es-

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 56.

tado, sin clases, sin propiedad privada, sin familia; esto es, una sociedad atea, anárquica, igualitaria, donde no existe ningún superior ni divino ni humano. En principio, todo será común; no será, pues, una sociedad de personas, de distintos, de jerarquías sociales, de mando y obediencia. Una masa uniforme de animales satisfechos, laboriosos y disciplinados, rigurosamente encuadrados en una planificación socialista integral; sumisos, regulados y dirigidos en su comportamiento integral.

¿Qué otro ideal fuera de la colmena o del hormiguero puede tener el hombre que se concibe a sí mismo como un animal superevolucionado?

¿Qué otra aspiración fuera del bienestar y de la seguridad puede tener un hombre ateo, apátrida, sin familia y sin propiedad, sin libertad y sin aventura?

3. La persona humana es aniquilada tanto por el individualismo liberal como por el socialismo marxista. En el primer caso porque el individualismo liberal que se funda en el hombre egoísta que se reserva enteramente para sí mismo, niega la naturaleza social y la trascendencia de la persona humana, en sus actos de conocimiento y de amor. En el segundo, caso porque el socialismo marxista niega la sustancialidad y la incomunicabilidad de la persona humana, así como su destino eterno, agotando su existencia en lo social, en su vida de relación y en un colectivismo sistemático.

Ocurre que ambas posiciones ideológicas, rechazan que la distinción del hombre sea su alma inmaterial e inmortal, hecha a imagen y semejanza de Dios. No ven nada más que un animal superevolucionado, con una inteligencia al servicio de sus dinamismos instintivos y de sus necesidades materiales.

En lugar de la teología y la metafísica, la ciencia fundamental del hombre es la zoología, vertebrada en la observación, en el experimento y en el cálculo, sea a través de una psicología reflexológica o instintiva, sea, a través de una sociología económica. Se pretende regular la conducta humana por medio de técnicas psicológicas y sociológicas, con un criterio similar al que se aplica en el manejo de los procesos físicos o de los dinamismos instintivos en los animales irracionales.

Expertos en reflejos condicionados, en develar motivaciones inconscientes o actos inhibidos, en relaciones públicas, en propaganda comercial o política, han pasado a ser los equivalentes de los técnicos industriales. Una tecnología omnímoda lo invade todo y arrasa con el hombre interior, con la vida personal en sus actividades más propias de inteligencia y voluntad. No va quedando lugar ni tiempo para la decisión lúcida, para la conciencia de la culpa y la necesidad de la expiación, para la oración y la celebración de Dios. Sin vida interior, íntima personal, no hay diálogo, ni comunión, ni comunidad.

El individuo egoísta, avaro, lujurioso, soberbio o servil es incapaz de diálogo; también lo es el hombre masa, colectivo, automatizado y regulado en todo.

Descristianización, deshumanización, despersonalización, son términos que significan la misma destrucción del hombre. La Revolución Francesa y la Revolución Rusa, ambas de proyección universal, son dos etapas del mismo proceso dialéctico, destructivo, nihilista de la persona humana, dividida de Dios y de sí misma. Es el hombre del pecado que rechaza la Divina Redención, que ha perdido, incluso, el sentido del pecado y lo resuelve en las contradicciones sociales e históricas, empeñado en superarlas por medio del cambio de las estructuras.

Cualesquiera de las revoluciones sociales consumadas o en trámite —las corrientes históricas conducen al socialismo marxista-leninista— en el mundo entero, son como “sepulcros blanqueados”, revestidos por fuera con la mentira de la palabras elevadas —libertad, igualdad, justicia, hermandad—, pero con el hombre corrompido o vaciado por dentro.

4. El error y el mal son eficaces en el ámbito moral de la conducta humana tanto en la sociedad como en la historia. El esquema dialéctico que corresponde a la falsa lógica de la apariencia sin ser, se aplica a la realidad en función del error y del mal que no son extremos contrarios de la verdad y del bien, sino ausencia de ambos. La privación del ser no es algo que es, sino que falta; lo mismo ocurre con la privación de verdad y con la privación de bien. Son ausencias presentes en la mutilación, corrupción, defecto o degradación en un determinado ser o acontecer. Así como el ser es lo mismo que lo uno, verdadero y bueno; el no ser es lo mismo que lo dividido, lo errado o lo malo.

El error y el mal son negaciones del ser y no componen en modo alguno con la verdad y el bien, porque la privación está en la línea de la contradicción.

Es un puro artificio dialéctico exponer el devenir como la síntesis del ser y de la nada, como lo hace Hegel. Lo razonable y ajustado a lo real es explicar el cambio, el llegar a ser, el devenir por el tránsito del ser en potencia al ser en acto, o sea, del ser al ser.

El devenir no es la síntesis del ser y de la nada que se resuelven en un tercero que los incluye superándolos. No hay en lo real, ser y nada, porque la contradicción es un absurdo, un imposible, un contrasentido. En lo real hay

distinción en el ser, oposición de distintos hasta el extremo de la contrariedad. Se pasa de un ser o de un modo de ser a otro ser o modo de ser: del agua se pasa al hidrógeno y al oxígeno, de una semilla de manzano se pasa a un árbol cargado de manzanos, de un color blanco se pasa a gris o negro; un ser vivo que nace viene de otro ser vivo o de otros seres vivos de la misma especie. No hay síntesis de ser y nada sino de potencia y acto que son grados distintos en el ser. Sólo Dios, Acto puro, crea de la nada; pero esto no es más que un modo de decir, para afirmar que todo lo que una criatura es, lo recibe del Creador y que por sí misma no aporta nada.

La lógica real verdadera es lógica de la identidad y la verdad es lo que es. La negación de la negación no es la afirmación, sino el proceso de la negación infinita que va del no ser al no ser, de lo múltiple a lo múltiple, del error al error, del mal al mal.

La ceguera es privación de la visión; no hay síntesis donde se resuelvan y conserven una y otra; no hay más que la recuperación de la vista, o sea, volver a la afirmación sin la negación, a la presencia sin la ausencia. Puede haber pluralismo en lo accidental porque se funda en la unidad esencial; pero no se puede alcanzar nada más que una unidad aparente o convencional, si el pluralismo de las ideas o de los valores se refiere a lo que es esencial. Puede haber unidad en lo distinto, hasta en los extremos contrarios; pero no puede haber unidad en la privación, ni tampoco en la contradicción.

5. El *Manifiesto Comunista* es la contradicción del *Manifiesto Cristiano*; en lugar de ver al hombre desde Dios y en la perspectiva de la eternidad, lo ve desde la bestia y

en la perspectiva de la finitud temporal. Rechaza a la Religión y en primer lugar, a la Fe de Cristo, como la promesa ilusoria de una felicidad en el más allá para compensar la desgracia efectiva de los que soportan este valle de lágrimas.

El *Manifiesto Comunista* es el programa de una felicidad en esta única vida que acaba en la muerte y para una humanidad futura. Es la felicidad de una bestia que pasta alegremente en un prado verde y ubérrimo porque, ¿Qué es el hombre si carece de un alma inmaterial e inmortal y no hay Dios que sea principio y fin de su existencia? ¿Qué podrá ser esa humanidad futura sin Religión, sin Patria, sin Estado, sin clases, sin propiedad y sin familia, donde todo sea común, bienes, mujeres, varones e hijos? ¿Cuál podrá ser la conciencia histórica de hombres para quienes el pasado humano no ha sido más que una sucesión de injusticias, opresiones, calamidades y violencias para el mayor número en contraste con la vida privilegiada y gozosa de unos pocos?

El *Manifiesto Comunista* es el programa de vida para el hombre que contradice radicalmente al programa de la vida cristiana definido en el Sermón de la Montaña; desconoce al hombre como persona puesto que niega su alma inmaterial e inmortal; desconoce a Dios creador y supone una evolución cósmica cuyo término hasta el presente es un animal superevolucionado que es el hombre. Desconoce y rechaza como un prejuicio oscurantista, la idea del pecado original y la historia de la humanidad como historia de la Salvación que se consuma en la Encarnación del Verbo y en la Divina Redención. Desconoce el gobierno providencial de la Historia y el papel protagónico de los santos y de los héroes, para exaltar a la masa creadora, al

pueblo soberano como único y exclusivo protagonista de su liberación. Desconoce la necesidad de una renovación interior de cada hombre y anuncia con aparato científico un proceso histórico-social que lleva necesariamente a la sociedad comunista, igualitaria, anarquista, libertina y provista del cuerno de la abundancia para todos, la única intervención activa en el proceso es el empujoncito de la agitación subversiva y terrorista de los comunistas y sus compañeros de ruta.

El *Manifiesto Comunista* es nihilismo puro y lleva a la destrucción total del hombre como persona y como Nación. No hay diferencia alguna en cuanto al fin entre Marx y Bakunin, entre el comunismo y el anarquismo, la única diferencia está en el medio que plantea Marx para llegar al anarquismo final y es la llamada *Dictadura del Proletariado* o el régimen del terror sistemático; medio que en rigor, es el verdadero fin practicable y ya lo soporta la mitad del mundo.

El salto a la libertad de que habla Engels en el "*Anti-dühring*", esto es, la sociedad sin clases, sin autoridad, sin jerarquías y sin Estado, es una mera utopía, un imposible, un absurdo. Lo único efectivo es la Dictadura del Proletariado, República popular o gobierno del Terror erigido en sistema permanente. En la Unión Soviética ya tiene 54 años de duración y el salto a la libertad todavía espera y seguirá esperando indefinidamente. Claro está que una vez instaurado y consolidado el régimen del terror comunista, ya no hay salida posible para el gusano terrestre en que ha sido convertido el hombre. No hay más que un estado de sumisión y de servidumbre organizada hasta el último detalle que asegura la explotación sistemática de las Naciones por los señores del Dinero y sus testaferreros, los comisarios del pueblo en cada lugar.

El *slogan* final del *Manifiesto Comunista*; "¡Proletarios de todos los países, uníos!", es el llamado a la unión para el falso enfrentamiento entre obreros y empresarios que se desentiende del verdadero explotador de unos y otros: el banquero, el prestamista, el especulador, el financista a nivel internacional con sus sirvientes nativos de cada país.

La Iglesia de Cristo, en forma expresa y desde la Encíclica "*Quadragesimo Anno*", del año 1931, viene denunciando la existencia de un "*Imperialismo Internacional del Dinero*" que no es yanqui, ni inglés, ni francés, ni ruso, ni chino, sino ateo y apátrida, con sede en todas las capitales, principalmente de las grandes potencias.

El *Imperialismo Internacional del Dinero* opera por medio de poderes multinacionales que mediatizan a los gobiernos de las naciones y hacen caso omiso de las aparentes soberanías políticas que no existen más que en las formalidades legales y en las representaciones nominales de los grandes organismos como la O.E.A. y la U.N.

Los titulares del único imperialismo que domina al mundo son un reducido grupo de judíos y cristianos renegados nada tiene que ver con cuestiones raciales ni nacionales; es una cuestión teológica fundamental: el verdadero Señor del hombre y de las naciones ha sido sustituido por los falsos señores del Dinero.

Y los señores del Dinero regulan y explotan, cada vez más impunemente a los Estados de economía capitalista y a los Estados de Economía socialista. Es un hecho notorio que los grandes consorcios plutocráticos operan, por igual, en U.S.A. y U.R.S.S., en Francia y en China, en Alemania occidental y en Alemania oriental, en Argentina y en Brasil. La producción y el comercio de armamentos también está en sus manos. Regulan la paz y la guerra; por esto es que

en nuestra Patria, en las Fuerzas Armadas inclusive, se pregona oficialmente la prioridad del *Desarrollo* sobre la *Seguridad*, desarrollo que es, sobre todo el desarrollo económico que regulan los señores del Dinero.

La Economía ha llegado a ser omnipotente; subordina lo político y lo militar al espíritu de usura y al móvil supremo del lucro. Las naciones han dimitido la soberanía política y disimulan su sometimiento a la tiranía plutocrática bajo la ficticia soberanía popular; soberanía de papel que se manifiesta exclusivamente en las urnas por medio del número vacío indiferente y anónimo.

El Papa Juan XXIII, en la primera parte de la Encíclica *Mater et magistra*, repite en 1961 lo que Pío XI denunció treinta años antes: "Toda la economía ha llegado a ser horriblemente dura, inexorable, cruel, determinando el servilismo y desembocando en el Imperialismo Internacional del Dinero".<sup>7</sup>

Y Paulo VI, en el punto 44 de su *Carta Apostólica* de mayo de 1971, acusa el modo de actuar de "las empresas multinacionales que por la concentración y la flexibilidad de sus medios pueden llevar a cabo estrategias autónomas, en gran parte independientes de los poderes políticos nacionales y, por consiguiente, sin control bajo el punto de vista del bien común. Al extender sus actividades, estos organismos privados pueden conducir a una nueva forma abusiva de dominación económica en el campo social, cultural e incluso político". Termina volviendo sobre la denuncia de su ilustre predecesor Pío XI: "La concentración excesiva de los medios y de los poderes, que denunciaba ya Pío XI en el cuarenta aniversario, adquieren un nuevo aspecto concreto".

<sup>7</sup> JUAN XXIII, *Mater et Magistra*, I, 36.

Aquí está la clave del materialismo dialéctico e histórico, de la conciencia y de la lucha de clases, de la teoría marxista de la explotación y de la plusvalía, de la burguesía tesis, el proletariado antítesis y la síntesis de la sociedad comunista sin clases, sin propiedad privada, sin fronteras nacionales, sin Estado y sin Religión. Todo esto es el contenido del manifiesto Comunista, una ideología anticristiana, antinatural, antinacional y antijerárquica; estructurada en un esquema mental simplista, artificioso y arbitrario, construido en base a oposiciones contradictorias que no existen en la realidad: una clase mínima explotadora que encierra todo el mal, y una clase mayoritaria explotada que encierra todo el bien; esto es, la oposición maniquea entre la burguesía y el proletariado cuyo proceso dialéctico se resolverá necesariamente en el paraíso sin oposiciones, sin divisiones y sin enfrentamientos de ninguna especie.

Se trata de un mesianismo puramente terrenal cuyos favorecidos van a ser los pobres de pecunia; pero no ellos propiamente sino las generaciones futuras que van a nacer y crecer en una sociedad sin privilegios; una sociedad socialista de iguales, de verdaderos hermanos que no tendrán nada que envidiarse, ninguna diferencia que engendra odio, ninguna distinción que eleva a uno sobre otro; todo común y en común.

7. La seducción que ejerce actualmente el socialismo sobre muchos cristianos, incluso sacerdotes y obispos, responde según Paulo VI a "la tendencia a idealizarlo, en los términos más generosos: voluntad de justicia, de solidaridad e igualdad".

Una mentalidad proclive a la confusión por carencia de formación teológica y metafísica, cae fácilmente en el

simplismo de interpretar como evangélica la abolición de todo lo que distingue y jerarquiza a las personas; también suele encontrar una similitud entre el ideal socialista y el ideal cristiano en la nivelación que resulta de la comunidad de los bienes. No es capaz siquiera de distinguir entre un grupo de personas que renuncia voluntariamente a sus bienes para integrar una comunidad cristiana con voto de pobreza, y un sistema social que suprime el derecho de propiedad privada instituyendo un colectivismo estatal. Una cosa es renunciar voluntariamente a un derecho que se tiene y otra muy diferente es verse privado de ese derecho.

El cristianismo reconoce, confirma y respeta el derecho natural, perfeccionándolo sobrenaturalmente en la Caridad de Dios. El socialismo suprime o tiende a disminuir todo derecho natural, por ejemplo, la propiedad, la iniciativa personal, la jerarquía social, la superioridad legítima, el principio de subsidiariedad, la libertad de elegir y de preferir, el consentimiento a la vocación, la trascendencia de los actos de conocimiento y de amor, la necesidad religiosa. Se comprende la agresión socialista contra el orden natural y cristiano, tanto más manifiesta en la actualidad porque cualquiera de sus expresiones es indivisible de la ideología marxista de origen; esto es, del Manifiesto Comunista de 1848 y del avance arrollador de la subversión marxista-leninista en los últimos treinta años.

El *Manifiesto Cristiano* se dirige a la persona humana, a todos los hombres y a cada hombre en particular; es un llamado perentorio a la renovación interior y a la unión con Dios para cumplir su destino personal y eterno. Se dirige también a los pueblos que son los lugares naturales donde el hombre alcanza normalmente la suficiencia de

la vida, la plenitud humana en su distinción, rango y responsabilidad propias.

El *Manifiesto Comunista* se dirige a las masas, a la multitud amorfa, inorgánica, impersonal y anónima, presa fácil de los activistas, demagogos y adulones que explotan sus apetencias instintivas, sus intereses y pasiones sensuales.

Marx, Lenin, Stalin, Mao, Castro no se cansan de repetir *slogans* como *¡Masas, no héroes!*

Pero exaltan y coronan de laureles a sus comandos terroristas y a sus guerrilleros de la subversión, condenan a la guerra y a los ejércitos profesionales, pero matan, destruyen, secuestran y hacen volar selectiva e indiscriminadamente. Es sugestivo observar que ningún titular del Poder Internacional del Dinero jamás ha figurado entre sus víctimas.<sup>8</sup>

Los terroristas económicos que explotan a las naciones, son intocables para los terroristas de la subversión social. La razón es que coinciden en el mismo fin y sirven a la misma causa de la destrucción del Occidente cristiano.

8. El *Manifiesto Comunista* no menciona siquiera al Poder Internacional del Dinero ni ataca a sus titulares. Marx y Engels eran contemporáneos de los Rothschild, los únicos reyes que iban quedando en Europa. Los banqueros han financiado todas las revoluciones comunistas y han hecho posible el desarrollo de las economías socialistas, lo mismo en la Unión Soviética que en la China de Mao.

<sup>8</sup> Cuando secuestran a ejecutivos o empresarios es en procura del rescate; los asesinan, en última instancia, frente al apremio policial como en el caso de Salustro. En cambio, ametrallan alevosamente a generales, almirantes, oficiales, agentes del orden o dirigentes sindicales que se apartan de la línea.

Los nuevos dioses son inaccesibles porque no están a la vista o permanecen distantes, haciendo rodar al mundo con el dinero, que cría siempre más dinero, como ya señaló Aristóteles hace veintitrés siglos.

La máxima subversión consiste en hacer del medio universal del cambio de bienes que es el dinero, fin último. Sus titulares son esos nuevos dioses, los reyes exclusivos y configuran el reino del Anticristo. Presiden por igual las economías capitalistas y las economías socialistas; cuentan en mayor o menor grado, "con el servilismo de los poderes públicos", para decirlo con palabras de Pío XI.

La política ha perdido su primacía en lo temporal, mediatizada por lo económico que maneja el Poder financiero, la soberanía política ha sido reemplazada, como ya hemos advertido, por la ficticia soberanía popular y las de Fuerzas militares se definen como el brazo armado de una ficción.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Un claro ejemplo de esta situación nos lo brinda el juez Salvador M. Lozada, magistrado argentino que resolvió la quiebra de la empresa Swift, en sus declaraciones a periodistas, publicadas en La Nación (14-2-73): "La ingerencia en el patrimonio nacional de las poderosas empresas nacionales se resuelve con un enfoque total del poder de la economía y una enérgica acción de recuperación del poder de decisión por parte del Estado... Las presiones de tipo militar o política han sido reemplazadas en estas últimas décadas por las presiones de tipo económico, que no sólo causan problemas a los pequeños países, sino aun a las grandes potencias". Agregamos, por nuestra parte, que para recuperar el poder de decisión, hay que empuñar la Soberanía política de la Nación y ésta es la misión específica de las Armas, no de las urnas. Tan solo el ejercicio real del señorío político permite la libertad de acción suficiente para servir al Bien Común y resistir la presión económica de las empresas multinacionales. No hay liberación del terrorismo económico y financiero sin soberanía política que funda y sos-

A la sombra de la *Soberanía Popular* se ha implantado el *Terror económico* que explota a las Naciones y se va extendiendo por el mundo entero el Terror sistemático del comunismo, instrumento ideológico del imperialismo internacional del Dinero.

El *Manifiesto Comunista* es el programa de vida para una humanidad que ha dejado de adorar al verdadero Señor para caer en la idolatría de las riquezas materiales y de su signo universal que es el sucio Dinero.

9. El hombre y las naciones, con excepción de un resto mínimo, han sido cedidos a las tres tentaciones del Diablo en el desierto. Jesús enfrentó a las tentaciones exclusivamente para no instrucción de los hombres; pero hoy el mundo no quiere oír su palabra.

A la primera tentación, Jesús respondió: "*Está escrito: no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios*". (Mt. 4, 4)

Los hombres en general sólo quieren vivir de pan, claman por el pan; son indiferentes u hostiles a la Palabra de Dios. El animal superevolucionado tiene necesidad de pan, pero no tiene necesidad de Dios. Quiere bienestar y seguridad en esta vida y nada más, una instalación conforta-

---

tiene el sacrificio de la sangre en una justa guerra externa o interna. La llamada soberanía popular sólo existe en el papel y nada tiene que ver con el poder de decisión. Gobiernos populares y gobiernos de facto han cedido invariablemente a la presión de la usura internacional y han entregado el patrimonio argentino a la voracidad extranjera. Desde la implantación del principio de soberanía popular en la Constitución de 1853, se documenta la historia de nuestra dependencia ininterrumpida, en mayor o menor grado.

ble en esta tierra. El *Manifiesto Comunista* es la promesa del paraíso terrenal para una humanidad que cree que el hombre es lo más alto para el hombre.

A la segunda tentación, la respuesta de Jesús fue: "*También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios*". (Mt. 4, 7)

Pero los hombres del mundo están empeñados en saltar en el vacío, con la estúpida creencia de que no van a estrellarse. El gusto de la nada, el vértigo ante el abismo los precipita en las mayores aberraciones, en la subversión y el terrorismo. Se entregan al vicio para llegar a la virtud; se cometen las más flagrantes injusticias en procura de la justicia perfecta; se pretende fundar la paz perpetua sobre las violencias más crueles y despiadadas. La verdad es que se ha perdido enteramente el sentido del pecado.

El *Manifiesto Comunista* es el programa del hombre que se cree lo más alto para el hombre en su glorificación como animal superevolucionado. Separado de Dios y alienado de su alma inmaterial, se vuelca hacia los sentidos, los dinamismos instintivos y actos reflejos. Esa declinación hacia lo inferior comporta como una regresión hacia la nada en el sentido de una degradación óptica y moral.

El *Manifiesto Comunista* es el programa ideológico del ateísmo sistemático; proyecta edificar la Ciudad sobre la más completa desnaturalización, deshumanización y despersonalización del hombre. No es posible atentar directamente contra Dios porque es inaccesible e invulnerable en sí mismo y sólo fue posible en su humanidad cuando habitó entre nosotros; pero se atenta indirectamente contra El violentando la naturaleza humana, distorsionando la ley y el orden naturales que es obra de Dios.

Siempre hubo transgresiones del orden natural y aberraciones contra natura en la conducta humana; pero hoy

se tiende oficialmente a justificar, sistematizar e institucionalizar los vicios contra natura, el uso de las drogas alucinógenas, las expresiones artísticas más absurdas, las idolatrías y supersticiones más abyectas y el terrorismo en sus diversas formas.

Si no hay Dios, si Cristo no es Dios o no es más que una leyenda, todo está permitido, como dice Dostoievsky.

El *Manifiesto Comunista* es el programa nihilista del todo está permitido; el salto en el vacío asistido por la ilusión de no estrellarse en el fondo del abismo.

A la tercera tentación, Jesús expulsa al Diablo diciéndole: "Vete, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y a El sólo servirás". (Mt. 4, 10)

Los hombres, con excepción de un resto, han dejado de servir a Dios en la figura del pobre Cristo. Han perdido su alma y son dueños del mundo por medio de los prodigios de la técnica. Se arrodillan ante el que no quiso servir y se condenó eternamente.

No quieren servir al verdadero Señor y se han hecho esclavos de los bienes temporales; acumulan riquezas para terminar despojados y quedarse sin nada en la hora del sufrimiento, de la decrepitud y de la muerte. Esto aparte de que bajo el régimen comunista que ya domina la mitad del mundo, la gran mayoría de los hombres no tienen nada propio y el Estado tiende a ser el propietario exclusivo de la riqueza, por más que los ideólogos declamen el carácter transitorio del terror sistemático.

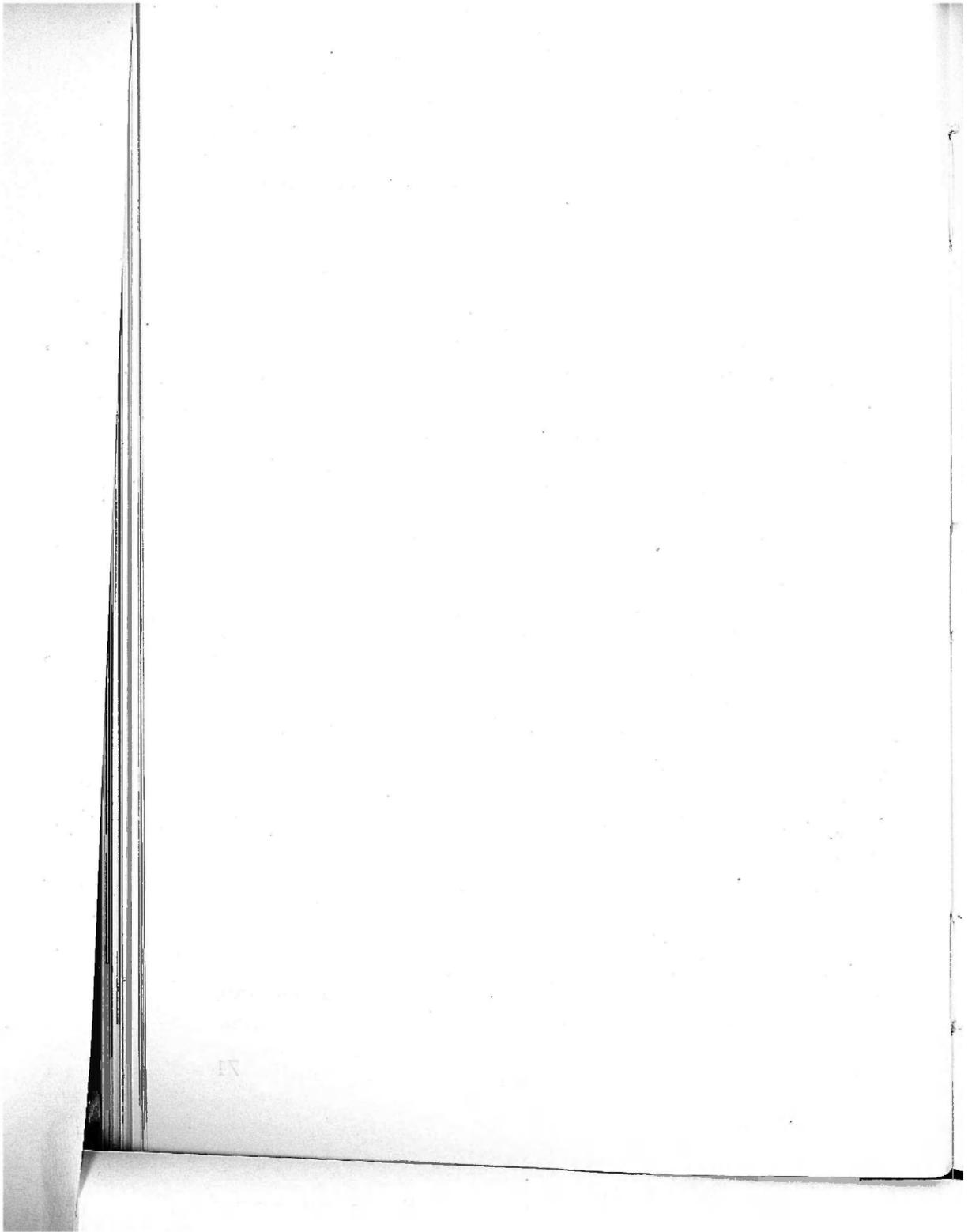
El *Manifiesto Comunista* es el programa político en que se van encauzando las corrientes de la Historia Universal, a partir del triunfo comunista de la Revolución del año 1917 en la inmensa Rusia.

Dostoievsky anticipó que la Revolución social comenzaría por el ateísmo. Nietzsche, anunciaba en la misma

época, alrededor de 1870: "Sacrificar a Dios en aras de la nada, ese paradójico misterio de una extrema crueldad, será la obra de las generaciones que van llegando..." <sup>10</sup>

Los que quieran ver que vean; los que quieran oír que oigan.

<sup>10</sup> NIETZSCHE, FEDERICO: *Más Allá del Bien y el Mal*, Buenos Aires, Goncourt, 1979, p. 69.



## Capítulo III

### EL CRISTIANO Y EL ORDEN POLÍTICO

1. El hombre, todo hombre, es una persona, criatura racional, libre y social por naturaleza; hecha a imagen y semejanza de Dios por su alma inmaterial e inmortal, tiene un destino singular único e intransferible, trascendente y eterno; pero que no se realiza aislado, sino en comunidad con Dios y con los otros hombres. No se salva ni se pierde solo; no puede lograr su bien personal sino ordenado al Bien Común, tanto temporal como eterno. *Por esto es que el Bien Común es la ley primera de la sociedad política después de Dios.*

Ninguna persona puede ser otra que ella misma; nadie puede ser otro, pero sólo llega a ser quien es, con los otros, en dependencia de Dios y en interdependencia con sus semejantes.

La unidad social y política es una unidad de orden y de sentido ético. Lo mismo en la familia que en la profesión y en el Estado, se trata de unidad de personas distintas que se asocian o están asociadas por un vínculo moral para obtener un bien común. La persona singular no debe ser absorbida, ni destruida por las sociedades que integra; por el contrario, debe ser asistida y promovida en el desenvolvimiento de su individualidad.

La persona tiene razón de fin respecto de la sociedad, tanto de las que son de orden natural como de la Iglesia sobrenatural. La sociedad tiene razón de medio con respecto

a la persona y, por lo tanto, no debe mediatizar jamás a las personas singulares, ni ser considerada como un fin; menos todavía como fin último.

La unidad en la sociedad liberal no es más que apariencia sin ser; se trata de "una unidad que es más bien separación", para decirlo con palabras de Aristóteles. Es notorio que la persona no se confunde con el hombre egoísta, radicalmente antisocial y en estado de separación por obra del pecado. Para el hombre egoísta no hay más que vínculos convencionales y cada uno existe para sí mismo; el otro sólo es estimado en vista del propio y exclusivo bien. Es la pérdida completa del sentido del Bien Común.

El Estado liberal se desnaturaliza al desentenderse del Bien Común; degrada a no ser más que mero guardián de los derechos del hombre egoísta, dividido de Dios y del prójimo; *libertad* para no obrar el bien si uno no quiere hacerlo; *propiedad* para uso exclusivo de los bienes propios; *igualdad* que prescinde de las necesidades y tentaciones de cada uno; *seguridad* para beber tranquilo su taza de té aunque se hunda el mundo.

El Estado que promulga y sostiene los derechos del hombre egoísta, no hace más que institucionalizar a la anarquía y se convierte en el lugar de enfrentamiento de los individuos, de los grupos, de las clases y de los partidos. *La economía de lucro, de la libre concurrencia sin límites y de las leyes de mercado, ha provocado la concentración progresiva de la riqueza en pocas manos y la proletarización del mayor número, hasta desembocar en el Imperialismo Internacional del Dinero.*

La dialéctica intrínseca al proceso del Estado liberal termina por abolir de hecho, la libertad, la propiedad, la igualdad y la seguridad de la gran mayoría de las perso-

nas, hasta resolverse en el Estado Socialista o Comunista que absorbe y destruye a la persona humana. Del Estado neutro e indiferente al Bien Común, se pasa al Estado absoluto y tiránico que impone la socialización de todos los bienes y actividades personales. La libre iniciativa, la propiedad privada, la libertad de elegir y preferir, la vida entera y la acción personal se van aniquilando sistemáticamente, en forma paulatina o brutal según los casos.

Tanto en la sociedad liberal como en la sociedad socialista, la persona humana perece, sea por desquicio anárquico o sea por masificación colectivista.

Toda sociedad natural —familia, escuela, profesión, empresa, municipio, Estado Nacional—, es una unidad de orden ético entre personas distintas.

El desquicio, la anarquía, la subversión jerárquica, la despersonalización socialista, la masificación en cualquiera de sus expresiones, significan desorden, mezcla, confusión; esto es, crisis del orden, que es lo mejor que las cosas tienen.<sup>1</sup>

El orden, en el ámbito moral de la sociedad y del Estado, no puede ser algo puramente exterior, ni tampoco fundarse en convenciones más o menos arbitrarias. El orden social y político se rige necesariamente por una ley natural que es reflejo en el alma inteligente y capaz de querer, de la ley eterna. Hay un orden natural en el ejercicio de las facultades del alma que debe reflejarse ampliado, objetivado e institucionalizado en la sociedad y en el Estado.

<sup>1</sup> "Suprimir el orden de las cosas creadas es quitarles lo mejor que tienen" (Cfr. SANTO TOMÁS, *Suma Contra Gentiles*, lib. III, cap. XXIII.)

El orden moral es interior antes que exterior; se da en la persona singular antes que en el medio social donde despliega su personalidad.

Traemos al nacer un estado de baja rebelión en las facultades del alma, herencia del pecado original. Puede discutirse el origen del mal entre nosotros, pero la proclividad al mal es indiscutible y la padecemos todos los hombres.

El espejo social y político de esa subversión interior es el desorden, producido toda vez que lo más digno aparece subordinado a lo menos digno; esto es, cuando los inferiores usurpan el lugar del superior.

Hay orden en nuestra conducta personal cuando se rige por la razón; también lo hay en el Estado cuando gobiernan las superioridades legítimas, sea cual fuere su modo de designación; tengan o no tengan el consenso popular.

Nadie es el superior legítimo por haber sido elegido; sino que puede darse el caso de que la mayoría elija a alguien por ser mejor. Y la superioridad procede de los talentos recibidos de Dios y del esfuerzo personal para hacerlos fructificar.

La democracia es aquella en que los pares en cualquier orden de actividades sociales, eligen a uno de entre ellos para que los represente; pero es preciso aclarar que se limitan a designarlo sin transmitirle poder alguno. Es razonable suponer que los pares no elegirán normalmente al peor sino que lo harán por aquel que está entre los mejores, lo mismo en una fábrica que en un círculo profesional, en una sociedad vecinal o en un claustro docente.

El conocimiento de los que pueden ser elegidos por parte de los que eligen, es lo primero; después está la participación de todos los que intervienen en un Bien Común. Lo prudente es pesar los votos más bien que contarlos; la calidad debe preceder siempre a la cantidad.

Nada es más antinatural que la Soberanía Popular; en rigor, un contrasentido porque la soberanía es algo personal y no puede ser ejercida por la multitud.

La Soberanía Popular ejercida a través del sufragio universal comporta, además, una subversión del orden natural por cuanto consagra la primacía de la cantidad sobre la calidad, o sea, la omnipotencia del número.

La democracia fundada en la ficticia soberanía popular, es ilícita, no es más que demagogia.

2. El cristiano debe rechazar, por errónea y funesta la soberanía popular que usurpa a la real Soberanía de Dios, fundamento último de toda la soberanía humana legítima, comenzando por la Soberanía política de la Nación que nace y se sostiene históricamente por la decisión de las Armas y no de las urnas.

El cristiano reconoce la Soberanía de Dios en la Persona de Cristo, el Verbo encarnado, a quien *"todo Poder le ha sido dado en el Cielo y sobre la tierra"*.

La realeza de Cristo y una política para que El reine en la nación Argentina, es la primera afirmación que debe proclamar un cristiano argentino o que habita en nuestro territorio.

Toda opción en el orden institucional debe fundarse en esta afirmación fundamental.

La primera realidad política es la existencia soberana de la nación que exige una superioridad sobre todo lo propio; esto es, la historia, la cultura, la educación, el derecho y la economía nacionales. La Nación entera debe estar integrada en el Estado soberano y el Estado Soberano debe estar subordinado a la realeza absoluta de Cristo, porque el destino trascendente y eterno de la per-

sona humana es la perfecta unión y la glorificación perfecta de Dios en Cristo. Nuestro Señor, Señor de las Naciones y de la Historia.

La misión de una política cristiana es, pues, instaurar la justicia, el bienestar y la suficiencia temporal de cada una de las personas en el ámbito de la nación soberana; la que, a su vez, puede alcanzar esos bienes relativos en orden al Bien absoluto y trascendente por la mediación de Cristo, verdadero Dios y hombre verdadero.

El Verbo de Dios es el creador de la Naturaleza y el Verbo de Dios hecho hombre es el Redentor de la Naturaleza caída. No hay orden natural realmente factible sin la asistencia de Cristo; no hay justicia humana sin la Caridad de Dios; no hay trato de honor hacia el prójimo sin desprendimiento del propio yo.

3. El cristiano sabe por la Fe de Cristo y la experiencia histórica que la tierra no es el lugar de soluciones definitivas, sino de pruebas decisivas para el destino de la persona humana; sabe también que el fin no es volver a ningún paraíso aquí abajo ni alcanzar la dicha completa, lo posible y deseable es hacer de un pedazo de tierra el lugar habitable, decoroso y digno para todos sus moradores, con bienes relativos suficientes, distribuidos con justicia y caridad.

La máxima exigencia de una política cristiana es asegurar un trato de honor, un trato de señores para todos los miembros de la comunidad nacional y, en primer término, para los más desprovistos y más necesitados de asistencia moral o material.

No hay otro modo de asegurar el cumplimiento de esta exigencia que cultivar en los responsables de la conduc-

ción política, el amor patrio, el espíritu justiciero y la benevolencia pública; todo en la Caridad de Dios.

El cultivo de estos grandes amores en el Amor de Cristo crucificado, hace de la función política un acto renovado de servicio; servicio del mejor ser y del mayor bien del pueblo, con su adhesión o sin ella si es necesario.

El gobernante no está para ser servido sino para servir, a imagen y semejanza de Jesucristo, Rey de reyes.

Gobernar es la forma más eminente de servir en el orden temporal, y para mejor servir al Bien Común y a la grandeza de la Nación, el gobernante debe saber definir los principios supremos y las verdades esenciales en que se funda su política, los ejemplos egregios que inspiran su acción y las costumbres nobles para ser mejores personal y colectivamente.

4. El cristiano sólo puede optar por una política de definiciones, o sea, de verdades esenciales e indiscutibles respecto de las instituciones sociales básicas: familia, propiedad, profesión, escuela, universidad, empresa económica, municipio, provincia, Nación, Estado, Iglesia de Cristo.

Esas verdades esenciales e indiscutibles, principios constitutivos de las instituciones temporales, se refieren al orden natural, que no depende de las opiniones, arbitrios y convenciones mudables de los hombres.

El orden natural en la convivencia de personas a la razón de ser y de existir del hombre: su naturaleza racional, libre y social.

El hombre esencial no cambia con la mudanza de las edades, de los lugares y de las circunstancias. Y las instituciones sociales fundamentales de las que el hombre necesita para existir en conformidad con su esencia, de-

ben constituirse según principios fijos e inmutables, la historia documenta multitud de variaciones en las instituciones sociales, muchas veces deformes, distorsionadas, corrompidas, incluso antinaturales; pero esas expresiones deformes o corrompidas contrastan con las que se ajustan a la forma y al fin.

5. El cristianismo confirma y restablece la ley natural realzándola por participación graciosa en la Sabiduría y en el Poder de Dios. Ha distinguido entre todas las instituciones sociales, a la familia, elevándola a la dignidad de Sacramento. La razón de esta situación privilegiada es la importancia y trascendencia de la familia en la crianza y educación de la persona, de su individualidad única e intransferible. El cuidado del alma espiritual e inmortal, creada directamente por Dios en cada uno de nosotros, tiene su lugar propio en la familia. Por otra parte, la Nación es y vale lo que es y vale la familia.

El cristiano puede coincidir con el no cristiano que reconoce el vínculo indisoluble del matrimonio, la patria potestad, la discriminación de los hijos y el derecho de herencia. Pero debe rechazar y combatir a los que propugnan el divorcio vincular, la eliminación de la patria potestad, la indiscriminación de los hijos y la abolición de la herencia.

*El cristiano no puede transigir jamás con un programa político que se aparte en lo más mínimo de la integridad natural de la familia.* Su defensa y protección debe ser objetivo primordial de una política nacional que se proponga asegurar un trato de honor para la persona singular, a cuyo servicio están las instituciones sociales, políticas y espirituales. El acceso a la propiedad de un patrimonio suficiente, garantía de libertad y de estabilidad para la familia, tiene que

incrementarse al extremo en vista del fortalecimiento de las clases medias y de la tranquilidad en el orden.

6. El cristiano sólo puede optar por una política que reconoce a la propiedad privada, incluso de los medios de producción, como un derecho natural.

El magisterio de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana es terminante al afirmar este principio: El derecho de propiedad privada de los bienes, aun de los productivos, tiene valor permanente, precisamente porque es derecho natural fundado sobre la prioridad ontológica y de finalidad de los seres humanos particulares, respecto de la sociedad<sup>2</sup>. Claro está que "la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto".<sup>3</sup>

Los derechos de la persona humana, por ser criatura y social por naturaleza, son evidentemente relativos y condicionados, en contra de lo que sostiene la ideología liberal, expresión del individualismo egoísta.

"No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario".<sup>4</sup>

El bien, todo bien, es por naturaleza comunicativo, difusivo, algo para ser compartido o participado. No es natural, ni humano, ni cristiano, el uso exclusivo de ningún bien material o espiritual.

"Al derecho de propiedad le es intrínseco una función social", tal como reconocía Aristóteles y confirma con insistencia la doctrina cristiana. Ninguna persona creada

<sup>2</sup> JUAN XXIII, *Mater et Magistra*, II, 109.

<sup>3</sup> PAULO VI, *Populorum Progressio*, III, 23.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

existe razonablemente para sí misma, ni posee bien alguno con entera exclusividad.

Se comprende que para dar, comunicar, compartir, renunciar, desprenderse, lo mismo que para reservarse o ser despojado, hay que poseer bienes; hay que tener un derecho indiscutible a lo suyo, a lo que le pertenece a cada uno, lo cual está en la raíz de la persona humana.

Lo natural no es tampoco la abolición del derecho a poseer bienes propios como pretenden el socialismo y el comunismo.

Lo natural es el derecho a poseer bienes propios y disponer de ellos como si fueran comunes.

Lo natural es también que la economía de la nación se integre y subordine a la organización política, porque si bien "el mundo económico es creación de la iniciativa personal, interindividual o asociada... el Estado debe estar presente para promover debidamente el desarrollo de la producción en función del progreso social en beneficio de todos. Su acción que tiene carácter de orientación, de estímulo, de coordinación, de suplencia y de integración, debe inspirarse en el principio de subsidiaridad, promulgado por Pío XI en la Encíclica "Quadragesimo Anno".<sup>5</sup>

Quiere decir que el ejercicio de la libre iniciativa no es tampoco un derecho absoluto e incondicionado; está limitado por la ley natural y condicionado por las exigencias del Bien Común, cuyo custodio natural es el Estado.

7. El cristiano debe asumir con conciencia lúcida el significado del principio de subsidiaridad, cuya importancia es fundamental en la política cristiana, siempre ajus-

<sup>5</sup> JUAN XXIII, *Mater et Magistra*, II, 52-53.

tada al orden natural: "así como no es lícito quitar a los individuos lo que ellos pueden realizar con sus propias fuerzas e industria para confiarlo a la comunidad —dice Pío XI— así también es injusto preservar a una sociedad mayor o más elevada, lo que las comunidades menores e inferiores pueden hacer... el objeto natural de cualquier intervención de la sociedad misma es el de ayudar de manera supletoria a los miembros del cuerpo social y no el de destruirlos o absorberlos".

La aplicación de este principio de la filosofía social y política, justifica plenamente que el Estado posea bienes instrumentales, sobre todo cuando llevan consigo un poder económico tal, que no es posible dejarlo en manos de personas privadas sin peligro del Bien Común. Es también exigencia inexcusable su intervención en la administración del crédito que es la "sangre de la economía", así como en la comercialización exterior de productos vitales.

La subsidiaridad reclama, con mayor o menor frecuencia, "la expropiación; sí, por el hecho de su extensión, de su explotación deficiente o nula, de la miseria que de ello resulta a la población, del daño considerable producido a los intereses del país, algunas posesiones sirven de obstáculo a la prosperidad colectiva".<sup>6</sup>

8. El uso de la renta no puede quedar librado a las especulaciones egoístas, ni a los intereses de la usura internacional o nativa. El Estado no debe admitir que los beneficiarios de rentas considerables obtenidas de actividades y empresas nacionales, puedan transferirlas impunemente al exterior por puro espíritu de lucro, tal como ocurre en gran escala en nuestro esquilmado país.

<sup>6</sup> PAULO VI, *Populorum Progressio*, I, 24.

Es función de la Soberanía política impedir que el egreso de capitales en escala creciente, comprometa la estabilidad económica y el bienestar de la gran mayoría de la población.

El cristiano sabe que “en los campos social y económico —tanto nacionales como internacionales— la decisión última recae sobre el poder político”.<sup>7</sup>

Y para decidir al servicio del Bien Común, el poder político tiene que ser realmente soberano “respetando las legítimas libertades de las personas, de las familias y de los grupos intermedios, con el fin de crear eficazmente y en provecho de todos, las condiciones requeridas para lograr el bien auténtico y completo del hombre incluido su fin espiritual”.<sup>8</sup>

La política reclama vivir el compromiso cristiano al servicio del prójimo y lo sirve asegurando el Bien Común, cuyas exigencias en el plano económico-social son las siguientes:

1º) Ocupación plena; 2º) Evitar privilegios que no corresponden a responsabilidades mayores, incluso entre los obreros; 3º) Mantener una ajustada proporción entre salarios y precios, en base a la primacía del trabajo en cuanto valor personal sobre el capital que es un valor instrumental; 4º) Promover el acceso a los bienes y servicios del mayor número de ciudadanos incluso la participación en el dominio de las empresas; 5º) Lograr el equilibrio entre los diversos sectores económicos; agricultura, industria, comercio, servicios; 6º) Hacer que el progreso de los servicios públicos marche a la par de la expansión económica

<sup>7</sup> PAULO VI, *Carta Apostólica*, ob. cit., 46.

<sup>8</sup> *Ibidem*.

del país; 7º) Asegurar la renovación de las estructuras empresarias en función del avance continuo de la ciencia y de la técnica; 8º) Preparar en cada momento, condiciones mejores para las generaciones que van llegando.

Se comprende que la posibilidad de satisfacer estas exigencias depende de la libertad de acción suficiente en los poderes públicos. Tan sólo una real y efectiva soberanía política puede eliminar drásticamente a los especuladores de adentro y de afuera, en procura de la independencia económica de la Nación y de la realización de la Justicia Social.

9. La mediatización y el servilismo de los gobiernos por el Imperialismo Internacional del Dinero, supone la renuncia a la Soberanía política. Si los poderes multinacionales, monopolistas e insaciables pueden operar al margen del Bien Común es porque no existe o ha dejado de existir la soberanía, aunque se mantengan las formalidades aparentes y las representaciones en la U.N. y en la O.E.A.

Cuando los especuladores en figura de banqueros, prestamistas, acaparadores, vaciadores de empresas, etcétera, están entre rejas y privados de sus dineros mal habidos, decrece la inflación y se fortalece la moneda nacional.

No se trata de medidas económicas sino de medidas políticas que deben tomar los responsables, si realmente ejercen un poder soberano al servicio de la Nación.

El cristiano ha de advertir que el ejercicio de ese poder soberano en la política no depende en absoluto del consenso popular ni del voto de las mayorías siempre accidentales. Un gobernante auténticamente popular, plebiscitado por las multitudes, puede ser servil, entreguista y hasta legalizar la explotación más inicua de su Patria.

La institucionalización de la Soberanía Popular, con su omnipotencia del número, ha permitido históricamente el sometimiento de la política a la economía, la sustitución de la política económica por la economía política; esto es, el avasallamiento de las naciones por el Poder Internacional del Dinero. La democracia del número, populista, inorgánica y anárquica, es la vía más fácil para el acceso del Comunismo al Poder político, con el apoyo financiero de la plutocracia atea y apátrida. Hasta las Fuerzas Armadas han terminado desconociendo su razón de ser y de existir, definiéndose como el brazo armado de la Soberanía Popular. Olvidan en nuestra Patria, su vinculación con el pasado histórico y que son la continuidad solidaria del Ejército de los Andes, la verdadera fuerza de la Soberanía política que respaldó la Declaración de la Independencia Nacional por el Congreso de Tucumán, el 9 de julio de 1816. Declaración urgida por el General San Martín, organizador y conductor del Ejército que se reconocía como el brazo armado de la Soberanía Nacional que no tuvo, ni tiene que ver con la Soberanía Popular.

El cristiano debe optar por una política soberana para que sean posibles una educación, un derecho y una economía al servicio del hombre, de su mejor ser y de su fin trascendente, en el ámbito natural de la Nación.

La soberanía política no es algo que se conquista de una vez para siempre, ni es tampoco una realidad porque se la proclama o se la invoca. Tan sólo existe si se tiene vigencia plena, imperio eficaz sobre todo lo propio de la Nación. La soberanía política comporta un señorío invocado y sostenido frente a las presiones extranjeras sean políticas, ideológicas, económicas o de cualquier otro orden. No hace falta la ocupación territorial por un invasor para que se

acuse la pérdida de la soberanía; el estado de dependencia económica, ideológica o espiritual son signos evidentes de la pérdida de la libertad y señorío sobre lo propio.

Es una necedad manifiesta sostener que una nación es políticamente soberana si está en dependencia económica y financiera del Imperialismo Internacional del Dinero o del comunismo apátrida; no será más que una apariencia sin ser, con un gobierno títere y Fuerzas Armadas que se declaran el brazo armado de la soberanía popular, la cual es una pura ficción ideológica.

La dependencia económica y financiera es el resultado inevitable de una política servil que comienza por claudicar en el orden de los principios superiores, de las verdades y valores esenciales, en los cuales se debe nutrir la mente y el corazón de los ciudadanos, a través de la educación pública, del derecho vigente y de las costumbres virtuosas. Se degrada en colonia o en factoría porque el espíritu nacional se deja vencer por un espíritu extraño a su misma esencia y los nativos se convierten en cipayos intelectuales y morales.

10. El cristiano debe optar por una política de la Verdad cuya misión primordial y permanente sea cultivar la mente y el carácter de los argentinos en la doctrina cristiana y occidental, donde se conciertan en unidad suprema la sabiduría humana y la Sabiduría Divina.

Una política de la Verdad debe promover la educación pública de las generaciones que van llegando, en los mismos principios y normas fundamentales que inspiran su gestión en lo administrativo, en lo jurídico, en lo social, en lo económico y en lo cultural. Su programa es el que se expone en el Manifiesto Cristiano, cuyos lineamientos generales hemos expuesto al glosar el Sermón de la Montaña.

La Fe de Cristo no es ni debe ser obligatoria para nadie, puesto que es un llamado de Dios y una respuesta de la criatura libre; pero la doctrina de Cristo, la Verdad donde tienen su morada todas las verdades, no puede violentar jamás, ni ofender, ni lesionar, ni rozar siquiera la dignidad de persona alguna, aunque no crea en Cristo o reniegue de su nombre.

La educación pública en nuestra Argentina tiene que ser cristocéntrica y mariana, romana a través de lo hispánico y de sentido jerárquico en el orden de los valores esenciales, patriótica con espíritu abierto y generoso, en todo lo que hace a la formación del hombre. Se comprende que la enseñanza y la práctica de la Religión de Cristo, debe ser optativa como establecía la Ley Martínez Zuviría, que fue promulgada el 31 de diciembre de 1943.

La política de la Verdad reconoce y ampara la libertad religiosa:

“El ejercicio de la Religión, por su propia índole, consiste sobre todo en los actos internos voluntarios y libres, por los que el hombre se ordena directamente a Dios: actos de este género no pueden ser mandados ni prohibidos por una potestad meramente humana... Se hace, pues, injuria a la persona humana y al orden que Dios ha establecido para los hombres, si se niega al hombre el libre ejercicio de la religión en la sociedad, siempre que quede a salvo el justo orden público”.<sup>9</sup>

Está claro que una política de la Verdad ordenada al Reinado de Cristo, respeta y garantiza que las religiones disidentes de la Católica Romana, así como las paganas, se profesen en forma comunitaria, siempre que no lesionen el justo orden público, ni comprometan el Bien Común.

<sup>9</sup> Concilio Vaticano II: *Dignitatis Humanae*, I, 3.

En materia religiosa y moral se opone al Bien Común, todo aquello que distorsiona o violenta el orden natural; esto es, que no es conforme con la recta razón. El pluralismo de las creencias y la enseñanza libre están pues, limitados por el justo orden público y las exigencias del Bien Común.

La moral cristiana en la educación, en la legislación, en las costumbres y usos, en las relaciones sociales y económicas, sostiene y propugna el sometimiento a la ley y al orden naturales, la virtud prudencial potenciada y realzada por la Caridad de Dios es una sabiduría práctica que obra según la realidad esencial ajustada a las circunstancias mudables.

Hay un orden natural en la realidad creada; hay un orden natural en la verdad de esa realidad; hay un orden natural en el obrar de esa Verdad. Y hay un principio primero y un fin último del orden creado que es Dios, autor y restaurador de la naturaleza que nos hace partícipes de su Sabiduría y de su Amor infinitos en Cristo, Nuestro Señor y Señor de la Patria.

11. El cristiano sabe que librado a sus solas fuerzas naturales, no puede aún queriendo, alcanzar la Verdad ni vivir la justicia en plenitud; pero comparte con sus semejantes toda iniciativa social o política que responda al orden natural de la Verdad y la Justicia, hacia el cual tiende todo hombre desde lo más íntimo de su ser.

El cristiano sabe por la Fe sobrenatural que el hombre no es capaz de sanar su naturaleza herida ni de reintegrarla a la unidad con su fin último y trascendente, si no es asistido por la Gracia de Dios en Cristo. De ahí su opción por una política nacional donde el ejercicio de la Soberanía

sea para que Cristo reine; esto es, para que la justicia social se realice en el ámbito Natural y la Justicia de la Nación en la Caridad de Dios.

No hay liberación de los hombres ni de las naciones, si la economía, la educación y el derecho no se integran en una política cristiana, cuya soberanía temporal reconoce y se subordina a un superior único: Cristo Rey.

Fuera de Cristo, la política no puede mantenerse en el orden de la Verdad y de la justicia humana; declina hacia la zoología, se desentiende del mejor ser del hombre y se preocupa fundamentalmente de su bienestar material. Tan sólo aspira a una instalación confortable en la tierra y la política termina subordinándose a una economía de lucro que maneja una reducida plutocracia internacional por medio de un régimen socialista de la propiedad y de la empresa.

El ascenso de los señores del dinero al dominio político a través de la revolución liberal, ha comenzado con la proletarianización del mayor número, para culminar en la socialización de los medios de producción y la abolición de la propiedad privada.

El reino del Anticristo se configura en el Imperialismo Internacional del Dinero cuya hegemonía se extiende a medida que el socialismo se constituye en la corriente histórica y en la meta obligada de las Naciones del mundo entero.

"El socialismo", concluía Nietzsche, "es la moral del rebaño pensada hasta el fin".

La gran tentación del cristiano en el día de hoy, es el socialismo en sus expresiones aparentemente diversas, pero identificadas en la raíz marxista.

La respuesta a la tentación del socialismo es la que le dio Cristo al demonio cuando le dijo: "No sólo de pan vive el hombre".

Lo más importante para el hombre y, por consiguiente, para la Nación, es ser mejor. Después viene el estar mejor.

Esa fue la preferencia de Oliveira Salazar para Portugal.

El cristiano sabe que el hombre es más, mucho más, que un animal superevolucionado; sabe que su distinción es el alma inmaterial e inmortal, creada a imagen y semejanza de Dios. Esto significa que su sentido de la política no puede radicar en el bienestar material, aunque sea uno de sus objetivos necesarios. No basta que todos los miembros de una comunidad disfruten de un bienestar suficiente para que vivan bien como personas.

Cristo nos recuerda que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios. Esta es la razón por la cual peligra hasta el pan de la tierra cuando nos falta el pan del cielo, maná de la vida eterna.

12) El cristiano no puede optar por ninguna política que no sea el verdadero realismo de la virtud prudencial en Cristo: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura".

El cristiano en presencia de un programa político debe examinar si su objetivo primordial es la virtud o es el bienestar de los ciudadanos; si la vida espiritual prima sobre la vida económica; si la educación, el derecho y la economía se encaran en vista de ser más o de tener más. Hay una jerarquía en los valores y un orden de prioridades que debe ser respetado por toda persona de confesión cristiana.

Prevalece como nunca, hoy día, que el objetivo primero y principal de la política es la prosperidad; la virtud y la elevación espiritual del pueblo vienen después.

No se discute siquiera que el pueblo yanqui es hoy el más próspero del mundo; pero nadie se atrevería a decir que sea el más virtuoso ni el más elevado espiritualmente.

La Rusia del siglo XIX no ha sido un ejemplo de prosperidad material, pero sí de universalidad en los valores de la cultura como lo documenta el sólo nombre de Dostoievski. Por otra parte, un ejemplo de fortaleza moral manifiesta es haber vencido al más grande guerrero de la Historia universal.

El Portugal de Oliveira Salazar no ha sido ni es una Nación próspera; pero se levanta sobre la tierra como un modelo de tranquilidad en el orden y decoro de ser.

El Sermón de la Montaña es el Manifiesto político para la liberación del hombre y de las naciones, tanto de los pecados personales como de los males sociales.

El camino de la liberación no es el cambio de las estructuras, sino que se inicia con la renovación interior en Cristo crucificado. Cristo es el único y verdadero libertador.

Sin la divina Redención no hay revolución social constructiva. El camino trazado por el Sermón de la Montaña y reconocido por Cristo en su Pasión y Muerte de Cruz, no conduce a una felicidad perfecta en la tierra, sino a la felicidad posible con la Cruz a cuestas, en la esperanza de la Resurrección y de la Vida eterna.

Los grandes amores que nos hacen relativamente felices aquí abajo, están crucificados. Amaremos a Dios y al prójimo con temor y temblor.

La flecha del anhelo tiende hacia la Contemplación de la Verdad de Dios y en esa contemplación radica la per-

fecta felicidad. No es posible que alcance su meta en esta vida mortal; pero por la Gracia de Dios y nuestro libre consentimiento en Cristo crucificado, el hombre participa de la vida divina, santificándose en su conducta.

13) El Sermón de la Montaña no anuncia el advenimiento de una panacea universal ni promete a los pobres de pecunia que un día próximo van a retozar en la abundancia; tampoco anticipa una sociedad sin padecimientos ni injusticias. Asegura, en cambio, que los hombres serán tanto más humanos y justos cuanto más participen de la vida misma de Dios; cuanto más distendidos sean de su propio yo, de sus haberes y poderes, quieran ser menos para sí mismos y para Dios y el prójimo. Es el Manifiesto de la Verdad que nos hace libres y nos encamina por la senda de la salvación eterna, a través de esta vida temporal de pruebas, testimonios y ejemplos, cuyo hecho culminante es la muerte. Claro está que si la muerte fuera algo definitivo, donde todo acabara para cada hombre, no valdría siquiera la pena haber nacido.

El lenguaje del existencialismo ateo de nuestros días es un puro contrasentido, en sus conclusiones más conocidas: "Existir es ser para la muerte", "Existir el ser para la nada", "Existir es ser para el naufragio", "Existir es ser para la náusea".

El nihilismo en cualquiera de sus expresiones radicales, contradice la aspiración más entrañable y constante de todo hombre que es la inmortalidad personal. Aunque una experiencia inmemorable y cotidiana documente que nos morimos, los mortales no lo aceptan como algo definitivo, hay en cada uno de nosotros, un alma inteligente y capaz de querer que tiende hacia la Verdad esencial y

eterna, como hacia su morada definitiva. Platón demostró para siempre, en su diálogo "*Fedón*" que el alma es inmortal porque se nutre de eternidad y de lo que es eterno en lo que existe: "lo igual busca lo igual".

En el mismo sentido, nuestra voluntad capaz de querer, preferir, amar, es también una potencia inmaterial del alma; nos lleva hasta la aceptación del sufrimiento y de la muerte corporales por el ser amado. El alma no podrá ir más allá de sí misma, estar más unida al otro que al propio cuerpo hasta sacrificar su vida por amor, a menos que la razón de aceptar la muerte sea la que leemos en los Santos Evangelios: "Quien halla su vida, la perderá; y quien pierda su vida por Mí, la hallará". (Mt. 10, 39)

En contra de lo que declama el existencialismo ateo de Heidegger, Sartre o Jaspers, el hombre existe para la Verdad y su plenitud de ser es estar en la Verdad. Es una declinación hacia el existencialismo nihilista, la de esos cristianos que no vacilan en afirmar que el hombre nace para la libertad, como si la libertad fuera un fin último y no un fin intermedio para alcanzar y vivir en la Verdad.

Carece de sentido hablar de la libertad fuera del conocimiento y de la Verdad. Con relación a Dios, la creación entera es verdad en su mente antes de ser realidad en las cosas existentes. Con relación al hombre —dirá San Agustín— la realidad de las cosas existentes es antes que llegar a ser verdad en la mente que las conoce. Y es la Verdad que hace libre al hombre.

14) La misma Verdad que nos ha creado —el Verbo de Dios—, se hizo hombre para liberarnos de la ignorancia culpable que nos separó de Dios y volver a unirnos en la Verdad de Cristo.

El pecado original como todo pecado, mal, injusticia o vicio, tiene una raíz de ignorancia culpable, o sea, voluntaria en alguna medida. Acaso Dios misericordioso dispuso la salvación del hombre pecador, porque obró bajo la seducción del Diablo y su ignorancia no fue absolutamente culpable como es el pecado contra la Luz de quien no puede ignorarla, a menos que aparte su mirada para no ver.

Hay siempre una sugestión diabólica en el hombre que cierra los ojos ante la evidencia; que pudiendo y debiendo ver, desvía los ojos para no ver. Hay una intervención del diablo toda vez que el hombre no conoce por que no quiere conocer.

El hombre existe para la Verdad. Su bien propio y su mejor ser consiste en poseer y obrar la Verdad. El mal, todo mal, es una privación del bien, una declinación de lo mejor; esto es, privación de la verdad, ignorancia culpable, porque estamos hechos para conocer y ser en la Verdad.

Toda ignorancia es culpable aunque no en el mismo grado, desde el error involuntario hasta la peor ignorancia que es la del que pudiendo y debiendo ver no quiere ver. Son grados intermedios, la necedad del que no sabe y cree que sabe, la falsedad del que falta a la verdad conociéndola; también el espíritu dialéctico que presenta la nada como ser, la tiniebla como luz, la negación como afirmación confundiendo lo que no es con lo que es. La ignorancia del dialéctico surge de una violencia contra la identidad de lo que es, o sea, de una ceguera respecto de las esencias que son el fundamento de toda realidad creada y de todo pensamiento verdadero de esa realidad. La dialéctica es la lógica de la apariencia sin ser que no sólo toma como reales a los conceptos negativos, privativos o

contradictorios, sino que nace de la negación y así al infinito en un proceso de cambio o revolución perpetuos. No hay síntesis ni integración de los términos contradictorios; no hay resolución de los opuestos que se excluyen entre sí, como el ser y la nada. En la realidad, del ser se va al ser como en el cambio del ser en potencia al ser en acto por la virtud, en última instancia, del Ser que es Acto puro. De la nada no sale nada. No hay tercero entre la afirmación y la negación de lo mismo.

La verdadera lógica discurre sobre la identidad del ser; su principio es la esencia de lo que existe. Cuando se desconoce la realidad de las esencias, se cae en un puro nominalismo de los universales y sólo queda la apariencia sin ser. El discurso se reduce a puro juego dialéctico con abstracciones genéricas o con conceptos negativos que de suyo, excluyen supuestos reales; se habla de la humanidad como si fuera un ser subsistente o se argumenta acerca del mal como si fuera realidad entitativa.

La ignorancia dialéctica compone entre conceptos que se excluyen entre sí como cuadrado redondo; así, por ejemplo, se habla de la Soberanía Popular y muchos entienden referirse a una realidad moral, positiva, constante efectiva; pero ocurre que es una pura ficción, una soberanía en el papel, una abstracción vacía; en verdad, un contrasentido manifiesto; el pueblo reducido a la multitud de los unos indiferentes, no es sujeto ni titular de soberanía alguna. Nadie tiene autoridad en nada por el hecho de ser elegido; si la tiene es porque Dios le ha dado los talentos y los ha cultivado con esfuerzo personal. Es absurdo radicar la soberanía en el número, tan absurdo como la idea de educar al soberano. El soberano educa, conduce, gobierna a los demás hombres por una legítima

superioridad que realmente posee. La soberanía es personal y como concluye Cicerón en *"Las Leyes"*: *"Nadie que haya optado por ser popular pudo jamás ser príncipe"*.

Distinto es que un verdadero señor en virtud de la gravitación de su superioridad y de su eficacia al servicio del Bien Común, llegue a tener el consentimiento de la mayor parte de su pueblo. Aquí la popularidad tiene su razón de ser en la superioridad del príncipe, en lugar de ser consecuencia de la adulación servil de un demagogo, reflejo de las pasiones de la multitud.

"Príncipe —dirá una vez más Cicerón— es la persona cuya excepcional autoridad habilita para aconsejar, orientar y guiar a sus conciudadanos. Es el hombre hacia el cual se vuelven espontáneamente cuando quieren oír una palabra autorizada".

Soberano es naturalmente la persona o personas que conducen; no puede serlo la multitud de los conducidos que se denomina pueblo por un contrasentido manifiesto.

El verdadero Soberano es Cristo, Señor de la Historia y de la Política; toda soberanía humana legítima es un reflejo y delegación de Aquel que es el Poder y la Sabiduría de Dios", el Rey de Reyes.

La mente subvertida de muchos cristianos no acepta la Realeza de Cristo en la Historia y en la Política; pero acata reverente a la Soberanía popular, o sea, a la supuesta realeza del número, de la multitud de los unos indiferentes y vacíos. Ha dejado de comprender el significado del pobre Cristo crucificado y no concibe siquiera al verdadero Señor en esa figura de fracaso y de derrota. Repiten la actitud de los judíos de Jerusalén frente a la víctima ofrecida por amor a ellos y a todos los hombres. Si bajara de la Cruz humanamente triunfante, caerían de rodillas a sus pies.

Cristo agonizante se dirige al Padre para suplicarle los perdone porque no saben lo que hacen. Comprende que hay una ignorancia provocada por sugestión y el temor servil a sus jefes; ignorancia dialéctica que los lleva a estimar culpable a la inocencia derrotada e impotente, a confundir la verdad con el éxito. Hay en nosotros una proclividad a exaltar a los vencedores de este mundo y a despreciar a los vencidos.

El espíritu dialéctico opera en base a la eficacia de la negación, del mal, del odio, del resentimiento nihilista, cuyos frutos de muerte nutren la ignorancia culpable que estamos analizando. No hay duda de que el odio suele ser mucho más activo que el amor; también de que la mentira, el engaño, la falsedad se difunden más fácilmente que la verdad. La expansión universal y con una rapidez sin precedente, del comunismo ateo, documenta la pavorosa eficacia de la ignorancia dialéctica en el hombre del pecado.

Cristo agonizante comprende a esa multitud que lo escarnece, presa fácil del engaño y del miedo. Dios en su misericordiosa infinita, perdona.

Nos resta tratar la más culpable y la más funesta de las ignorancias, la que no tiene remisión y es acreedora a la condena eterna; la ignorancia diabólica, la que perdió definitivamente a Satanás y la que configura al Infierno ya en esta tierra.

Es la ignorancia del que ve y debe ver, pero aparta la mirada para no ver; el que frente a la evidencia cierra los ojos como Satanás frente a Dios para desconocerlo y no servirlo. Está escrito que no hay peor ciego que el que no quiere ver, ni peor sordo que el que no quiere oír.

La presencia de Satanás en el mundo se acusa toda vez que el hombre aparta su mirada de la verdad evidente para no tener que reconocerla y acatarla. La consecuencia práctica de esta ceguera voluntaria es insistir en el absurdo.

Sobre esta ignorancia cabal el Anticristo ha instalado su trono en la Tierra. Se van a cumplir 2.000 años, desde la venida de N. S. Jesucristo, y en el Occidente cristiano asistimos al predominio cada vez más exclusivo del ateísmo sistemático en la mentalidad y en la política. El liberalismo democrático con su institucionalización de la anarquía y el Comunismo marxista con su socialización estatizada, han entregado las Naciones al yugo del Imperialismo Internacional del Dinero.

Los hombres han dejado de renovar, en sí mismos el sacrificio de la Cruz por amor al prójimo en Dios; pero están prestos a ser sacrificados en el altar de la Soberanía popular, en la forma de la voluntad de las mayorías o de la Dictadura del proletariado. No están ya dispuestos para alcanzar la verdadera Vida; pero se avienen a ser crucificados en vida para morir definitivamente.

Si la política no está ordenada en el sentido cristiano de la vida, tiende a ser mediatizada por la economía. Esta subversión materialista y atea nos explica que la prosperidad sea el ideal supremo de la política nacional. Se aspira febrilmente a estar mejor, a tener más, antes que a ser mejores o a la perfección de la virtud. Y lo que efectivamente se logra es la prosperidad de algunos y la indigencia de muchos en los Estados liberales, sobre todo en los más dependientes de la plutocracia internacional. En cuanto, a los Estados socialistas mejor organizados y más

provistos, un nivel mínimo de seguridad material bajo un régimen de servidumbre gregaria.

La política ya no es más Sabiduría divina ni humana; es una habilidad más o menos tecnificada. No hay lugar para la Caridad ni para la prudencia que informa a todas las otras virtudes. El vacío interior que resulta de la ausencia de la metafísica y de la Religión provoca la alienación extrema de la persona hasta la figura del robot o de la termita.

15. El cristiano que busca en el socialismo la satisfacción de su anhelo de justicia, igualdad y solidaridad evangélicas, sucumbe, quieras que no, a la ideología marxista. La corriente arrolladora del comunismo ateo que desborda la mitad del mundo, terminará por arrastrarlo, sea cual fuese su intención. Puede imaginar con sinceridad, un socialismo utópico que no absorbe ni destruye a la persona humana; pero acaba por ser atrapado con los suyos, en la servidumbre irremediable del Terror sistemático.

El cristiano cuando se prepara para claudicar o entregarse al enemigo suele justificarse con la idea de que su deber consiste en infiltrarse en los movimiento socialistas de masas; asumir el papel de un compañero de ruta para convertir a Cristo a las multitudes ávidas de pan y de Justicia. Pero el convertido finalmente es él, porque la seducción del calor popular es irresistible y ya no hay camino de retorno.

Cristo no apeló jamás a la demagogia, ni a la adulación, ni al servilismo. Es la Verdad, habló la Verdad y obró la Verdad. En su pedagogía no hay lugar para adulación ni para el servilismo: toda ella en la palabra es definición y en el ejemplo servicio al prójimo en el Espíritu de Dios.

Cristo ha venido a restablecer la dignidad del hombre, devolviéndole a su integridad de ser y elevándolo hasta hacerlo partícipe en su Divinidad.

Santo Tomás recuerda una advertencia del Papa San León que el cristiano debe tener presente en cada una de sus decisiones y compromisos de vida: "Conoce ¡oh cristiano! tu dignidad y no quieras por tu conducta degradar y volver a tu antigua vileza, ya que has sido hecho de la propia Naturaleza divina".

La palabra que adula, lo desprecia, lo envilece, lo rebaja. "Me dices palabras halagadoras para que yo no sea noble conmigo mismo".

16. Cuando la política degrada en demagogia se vale de la adulación y cultiva el servilismo en la multitud. La demagogia es siempre una política de masa; no puede darse en un verdadero pueblo.

El cristiano debe saber si es parte de un pueblo o de una masa, porque su opción política varía fundamentalmente en uno u otro caso. Si es argentino su primera pregunta para ubicarse políticamente tiene que ser: ¿somos pueblo o masa?

Pío XII en su Mensaje de Navidad de 1944, es la guía segura para orientar la respuesta:

"El pueblo vive de la plenitud de vida de los hombres que lo componen, cada uno de los cuales —en su propio puesto y según su manera propia—, es una persona consciente y responsable de sus acciones. La masa, por el contrario, espera el impulso del exterior, fácil juguete en manos de cualquiera que explota sus instintos o sus pasiones, presta a seguir hoy esta bandera, mañana otra distinta".

La Argentina hoy ¿es una multitud orgánica donde cada persona está en su lugar propio o es una multitud inorgánica donde prevalece el desquicio y la subversión?

El cristiano advierte claramente que somos una masa amorfa más bien que una multitud ordenada. Y por lo tanto, la exigencia primera y más perentoria es uno o algunos con fuerza, capaces de instaurar el orden justo; esto es, una Dictadura militar con respaldo militar.

Bajo la presión devastadora de los imperialismos ideológicos y financieros, no es prudente pensar en liberaciones espontáneas ni en liberaciones electorales. No queda más opción que una Dictadura para instaurar un orden cristiano o sucumbir bajo el Terror Comunista.

Una política de la Verdad de la Justicia y de la Caridad, realmente soberana para servir al Bien Común, no procederá jamás de una solución electoral fundada en la ficticia soberanía popular ejercida por el sufragio universal. Por el contrario, son los imperialismos que nos abruman, los verdaderos promotores de esa funesta solución cuya consecuencia inevitable es la continuidad de la demagogia, de la entrega y de la servidumbre.

La plutocracia y el comunismo ateos coinciden en la democracia del número, anárquica, masificadora, impersonal y anónima, cuyo régimen populista asegura el gobierno de los incompetentes e irresponsables. El cristiano no debe optar por un régimen político donde no es posible una educación de las personas en la Verdad y en la responsabilidad; ni tampoco una restauración de las sociedades intermedias entre el individuo y el Estado —familia, municipio, escuela, universidad, profesión, empresa—, para asegurar el desarrollo de su personalidad y el logro del Bien Común.

17. El siglo XX se configura en dos rasgos dominantes, nítidos e inconfundibles: la consolidación progresiva a

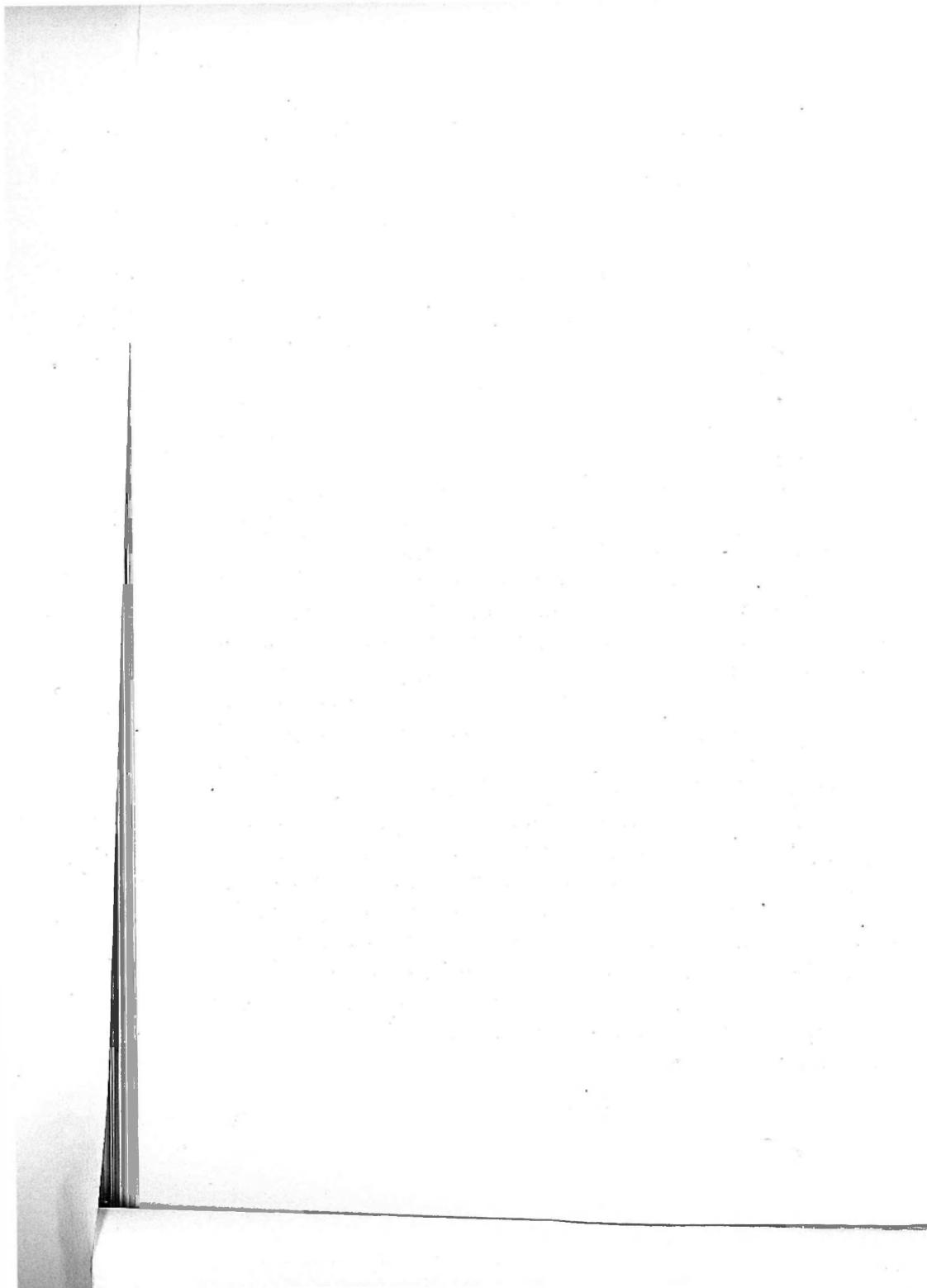
nivel mundial del imperialismo del Dinero y la expansión arrolladora del Comunismo marxista desde 1917 y, sobre todo, desde 1945.

El Papa Paulo VI y el Concilio Vaticano II insisten en anunciar que "el ateísmo es el fenómeno más grave nuestro tiempo".

La Plutocracia y el Comunismo son dos expresiones concretas del Ateísmo, o mejor, del Anticristo. Los poderes multinacionales que mediatizan por igual, a los gobiernos liberales, socialistas y comunistas, disimulan la unidad que reviste el Imperialismo Internacional del Dinero, propiciando el pluralismo ideológico y la coexistencia pacífica.

Se multiplican los organismos internacionales que fingen sociedades de Estados iguales, con igual representación, mientras el mundo entero rueda con el sucio dinero que maneja un puñado de banqueros. El rápido deslizamiento hacia la izquierda, hacia el socialismo ateo y apátrida, aunque se presente acristianado y nacional, no tiene otra finalidad que convertir a los pueblos en rebaños sumisos, dóciles, nivelados en una masificación planificada, bajo el yugo inexorable del Poder financiero. El Estado de revolución permanente inaugurado por el populismo jacobino y proseguido por la dialéctica clasista hacia la meta del socialismo científico, se vuelca finalmente en el Terror sistemático del régimen comunista. Toda agitación cesa, los labios enmudecen, cunde el terror, y la pasividad es completa y no hay más protestas ni rebeliones. Es la paz social; pero no la paz de Cristo, sino la de una masa inerte e inerte; la paz de la muerte.

El Reino del Anticristo que ya nos domina, será breve y terminará arrasado por Nuestro Señor Jesucristo en su Segunda Venida.



## Capítulo IV

### FALSOS ESQUEMAS IDEOLÓGICOS

La conquista de un pensamiento verdadero y libre exige en el cristiano un examen crítico de las ficciones mentales que parcializan o distorsionan su visión de la realidad. Es el camino obligado de su liberación que le permitirá restablecer el orden natural del ser en la Verdad y obrar en consecuencia.

La influencia ambiental, escolar y universitaria en boga, más la acción cotidiana de los medios de difusión y propaganda configuran una mentalidad ideológica de neto cuño liberal-marxista que confunde y extravía.

La verdad es lo que es: las esencias y su orden natural es lo primero que existe en la realidad. La ideología desconoce a las esencias y sus jerarquías naturales; es un esquema mental prefabricado y abstracto que se elabora sobre base de lo accidental, a la condición tomada como causa o a un elemento subalterno de la esencia. Así por ejemplo, la falsa expiación ideológica reduce al hombre a los límites de la zoología o le rebaja a la moral utilitaria del éxito.

Ver al hombre en una perspectiva zoológica o en función del egoísmo, significa desconocerlo en su verdadero ser; configurarlo desde lo más bajo de sí mismo o desde su corrupción por el pecado original.

El cristiano que se propone conformar su modo de pensar y de obrar en la Fe de Cristo, debe elevarse a la idea

verdadera del hombre liberándose de los siguientes esquemas ideológicos:

a. La supuesta primacía de la praxis sobre el ocio contemplativo, de la acción sobre la teoría pura, de donde procede la concepción totalitaria del trabajo manual y de la técnica científica. La vana presunción de que en el principio es la acción, en lugar de la afirmación que inicia el Evangelio de San Juan: "En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios". La posición del animal económico, productor y consumidor, en lugar del animal religioso, metafísico y político. Es la afirmación de Carlos Marx en su *Tesis sobre Feuerbach*: "Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la Verdad, es decir, la realidad, la fuerza, la terrenalidad de su pensamiento".

Disminuyen las verdades cuando prevalecen el criterio pragmático, utilitario, positivista o materialista que se expresa en las conocidas sentencias; saber es poder, la verdad es la exactitud o es el éxito.

Salvo en el ámbito de las verdades de cosas o de números que son para usar y tienen un valor instrumental, la Verdad es lo que es.

Lo que es significa la esencia de lo real existente; la identidad y la distinción de cada ser; el contenido de la idea que es para contemplar y servir.

b. Se prescinde del sentido del ser, de lo permanente, de lo sustancial, postulando al devenir, el cambio, el proceso dialéctico evolutivo o revolucionario, como suprema categoría ontológica y supuesto ideológico del progreso indefinido de la humanidad. Se rechaza como criterio cerrado, estrecho y opresivo todo lo definitivo en cualquier plano de lo real.

El compañero inseparable de Marx, Federico Engels, en el capítulo cuarto de su *Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, expresa de un modo rotundo esta posición ideológica:

“La gran idea cardinal de que el mundo se concibe como un conjunto de procesos, en el que las cosas que permanecen estables, al igual que sus reflejos mentales en nuestras cabezas, los conceptos, pasan por una serie ininterrumpida de cambios, por un proceso de génesis y caducidad... en el que se acaba imponiendo siempre una trayectoria progresiva... Si en nuestras investigaciones nos colocamos siempre en este punto de vista, daremos al traste de una vez para siempre con el postulado de soluciones definitivas y verdades eternas; tendremos en todo momento la conciencia de que todos los resultados que obtengamos serán forzosamente limitados y se hallarán condicionados por las circunstancias en las cuales los obtenemos; pero ya no nos infundirán respeto esas antítesis irreductibles para la vieja metafísica todavía en boga; de lo verdadero a lo falso, lo bueno y lo malo, lo idéntico y lo distinto; sabemos que estas antítesis sólo tienen un valor relativo”.

Se comprende que este relativismo absoluto y esta disolución de todo lo que existe en el proceso universal, arrastra también al Ser de Dios, a la Verdad de Dios, al Verbo que se hizo hombre y nos habla en los Santos Evangelios. No hay más fundamentos estables y firmes sobre los cuales apoyar el pensamiento, la vida y la acción. No quedan más que el movimiento y la fuerza: “la historia no es otra cosa que la producción del hombre por medio del Trabajo humano”, como dice Marx. El Trabajo manual, productivo de bienes de uso y la técnica científica que lo perfecciona, son las fuerzas creadoras que cambian sin

cesar la naturaleza humana. El hombre es siempre nuevo, jamás nada definido; se hace a sí mismo y rehace las instituciones sociales por una revolución continua, permanente, sin fin.

La dinámica del proceso radica en la negación, en la contradicción dialéctica que impulsa la acción y las corrientes históricas. Hay un fatalismo en el proceso de la Historia que arrastra al hombre y lo convierte en su instrumento dócil, pasivo o inerte: masas en lugar de héroes; conductor es el hombre que toma conciencia del proceso histórico de la época y se inserta en la corriente para empujarla en su misma dirección.

Se comprende que en esta ausencia de límites divinos y naturales, todo está permitido y todo está justificado, incluso los mayores crímenes e iniquidades contra las personas en aras de un presunto futuro luminoso y feliz para la humanidad. Se declama que el sentido de la historia está determinado fatalmente por el socialismo, lo mismo se invoque su filiación atea y materialista o se lo presente acristianado. Se trata siempre de anticipar una sociedad de iguales, sin diferencias insoportables y sin ningún superior; esto es, una sociedad sin clases, sin propiedad privada, sin matrimonio indisoluble, sin jerarquías naturales y sin autoridad política; apenas con un Estado simple administrador de la riqueza común.

Este mesianismo terrenal prometedor de una utópica igualdad se estrella contra las inevitables diferencias que la naturaleza, el accidente, las circunstancias, las virtudes y los vicios, el esfuerzo, la pereza y la estulticia provocan entre los hombres. El Estado sólo puede atenuar esas consecuencias irremediables con una eficaz asistencia social; pero es únicamente la Caridad sobrenatural que se derram-

ma en los corazones la que puede igualar en el amor, en la solicitud generosa, en el trato de honor.

Fuera de la Caridad el Estado nivela exclusivamente por medio de la opresión, de la violencia y del terror sistemático. Por esto es que los regímenes comunistas o socialistas en vigencia, exhiben invariablemente la figura despótica del Leviathan.

El socialismo en cualquiera de sus versiones es anticristiano porque atenta contra la naturaleza humana y contra el orden natural de la convivencia. Una cosa es la socialización entendida como incremento de las relaciones entre los hombres (como dice Juan XXIII); y otra muy distinta, la socialización en el sentido del colectivismo, del gregarismo, de la uniformidad o de la masificación en cualquier tipo de asociación para un fin común. Toda relación que absorbe, destruye o inhibe a la persona humana es antinatural y anticristiana. Por esto es que "socialismo y catolicismo son términos contradictorios".<sup>1</sup>

c. Una ideología grosera, degradante y funesta por su amplia difusión es la que resulta de una antropología zoológica, según la cual el hombre es nada más que un animal superevolucionado, provisto de un entendimiento práctico e impulsado por dinamismos elementales como los actos reflejos y los instintos. En la fraseología marxista el hombre es un animal que produce y consume, "homo faber u homo economicus".

El trabajo manual y la técnica científica que se perfecciona constantemente son las actividades transformadoras del hombre; las que hacen y rehacen su misma naturaleza.

<sup>1</sup> Pío XI, *Quadragesimo Anno*, III, 120.

De ahí la concepción totalitaria del trabajo socialmente útil.

Reducido a las necesidades materiales, el sentido de la vida se agota en el trabajo productivo para satisfacerlas. La apetencia sexual debe satisfacerse, a su vez, como la gana de comer y beber, sin inhibiciones perniciosas que compromete la salud y el instinto de superioridad en la puja stajonovista de producir siempre más. Los gustos, preferencias y recreaciones se regulan masivamente por medio de una propaganda abrumadora que explota los reflejos condicionados. Se opera un verdadero vacío interior de toda forma de espiritualidad, desestimada como una mistificación ideológica o la mentira de las ideas elevadas. Se declaran superfluos o perturbadoras de la Fe religiosa, la plegaria y la meditación esencial; son abolidas todas las expresiones del ascetismo como el ayuno, la castidad, la mortificación, el esfuerzo continuado que exige el ejercicio de las virtudes. La antropología zoológica promueve la espontaneidad de los dinamismos instintivos y no reconoce otro criterio que no sea el éxito, la eficacia práctica a cualquier precio. La cuestión social se resuelve con la instalación confortable en la tierra que va a suprimir la alienación religiosa provocada por el valle de lágrimas.

El hombre entregado exclusivamente a la producción y al consumo de bienes exteriores, con su concepción totalitaria del trabajo, resulta privado de vida interior, de libertad personal, de iniciativa y de bienes propios, o sea, de toda distinción y posibilidad de disponer de lo suyo. La justicia distributiva en función de asegurar la igualdad de los trabajadores sobre la base marxista de que todo trabajo es trabajo humano igual y de que todos los hom-

bres socialmente útiles son trabajadores, responde al programa nivelador, y esclavista del Socialismo. Y a la vez que se organiza rígidamente a la multitud en el vacío interior, se produce la máxima concentración de la riqueza en una reducida plutocracia internacional junto con la concentración máxima de todos los poderes en el Estado.

El Socialismo o Comunismo en cualquiera de sus versiones políticas, tiende al planeamiento masivo y detallado de la economía, del derecho, de la educación y de la cultura, en vista de organizar el régimen de las termitas laboriosas y sumisas.

La igualdad en el sentido de lo homogéneo, de lo uniforme, de lo masivo, de lo nivelado en la cantidad es el programa del Socialismo; un régimen antinatural y anticristiano que sólo por la opresión despótica se puede imponer en las relaciones humanas.

La primera etapa en la realización del socialismo es la instauración de la ficticia Soberanía Popular, en lugar de la real Soberanía Nacional. Se trata de la reducción de todos los ciudadanos a la igualdad política; igualdad abstracta de los unos indiferentes que se cuentan numéricamente. Nadie es quien ni vale según su función y su responsabilidad; es nada más que «un uno igual a otro uno» en la boleta del Sufragio Universal. Se trata de la más abstracta resolución de la calidad en la pura cantidad; el virtuoso es igual al vicioso, el sabio es igual al necio.

La dialéctica socialista de la igualdad conduce inexorablemente a la sociedad sin clases a través de la progresiva abolición de la propiedad privada en el mayor número de personas, primero en el hecho y finalmente en el derecho. Sin libre iniciativa y sin bienes propios los hombres se convierten en termitas laboriosas del inmenso

hormiguero colectivista, bajo un Estado propietario y administrador exclusivo de la riqueza. Un puñado de ejecutivos, técnicos y burócratas, integra el cuadro de los testaferros de la plutocracia internacional.

Cada día se hace más notoria la unidad en el principio y en el fin entre plutocracia y socialismo; son las dos manifestaciones solidarias del ateísmo sistemático que niega a Dios y destruye a la persona humana. Los falsos señores del dinero en lugar del verdadero Señor Jesucristo, configuran el reino del Anticristo con su moral del rebaño cumplida hasta el fin.

La abolición de las distinciones y jerarquías naturales en todos los órdenes de las relaciones sociales —familiares, profesionales, educativas y culturales—, completando la despersonalización del hombre. El socialismo incluso en sus versiones acristianadas, borra la imagen de Dios en la criatura humana y seculariza a Cristo en la figura de un reformador social. El socialismo es intrínsecamente perverso porque es igualitario y el igualitarismo es ateo y materialista: niega la suma distinción que es Dios y resuelve las distinciones en la materia indiferente.

La justicia que da a cada uno lo suyo, lo debido, lo que le corresponde, es causa de desigualdad entre los hombres; de extrema desigualdad, porque hay los que merecen mucho y los que merecen poco o nada. Tan sólo por la opresión violenta y brutal, por medio del terror sistemático se puede imponer una igualdad arbitraria y forzada entre los hombres.

No hay más que el amor para unir a los distintos en una igualdad superior, en la universalidad de la común participación en la Verdad, en la Belleza y en el Bien trascendentes. El amor iguala porque es donación, abnegación, sacri-

ficio; porque lo mío es tuyo; porque se mide conforme a la necesidad del otro. La justicia diferencia porque se limita a lo debido al otro; porque lo mío es mío y lo tuyo es tuyo; porque se mide conforme a lo que pertenece a cada uno.

Claro está que el amor no suprime ni anula la justicia, sino que la consume y perfecciona con su abundancia generosa; por esto es que confirma la distinción integrándola en la unidad superior. El ejemplo supremo es Cristo satisfaciendo en la Cruz la justicia de Dios por amor de Cristo, el hombre es hecho partícipe de la Vida misma de Dios.

El conocimiento distingue para unir. El amor une a los distintos. Conocer es distinguir y amar es preferir.

Ser persona es ser distinto; es ser cada uno quien es, con una vocación y un destino suyos. Pero cada persona realiza su individualidad en la universalidad de la Verdad, de donde procede el amor que une a los distintos porque cada uno es para el otro.

Si bien la raíz ideológica del socialismo científico o comunismo marxista es el materialismo dialéctico e histórico, hay algo que es común a toda expresión socialista, incluso a la que invoca el Evangelio; nos referimos a la idea de igualdad, pero se trata de una igualdad cuantitativa, exacta, abstracta, que vale en el ámbito matemático puro. Por el contrario no puede aplicarse esa igualdad para definir lo que es justo.

Tal como enseña Aristóteles en la *Metafísica*, la igualdad exacta no comunica con el bien, ni es el sentido de la justicia:

Mil es igual a mil en matemática; pero no es igual en moral; mil pesos en el bolsillo de alguien que tiene un millón, no son iguales a mil pesos de alguien que no tiene nada más en el bolsillo.

Por otra parte, se puede decir que la justicia distributiva en cuanto se refiere a lo debido, a lo que le corresponde, a lo suyo de cada persona; pero por la misma razón, lo debido es distinto para cada uno. Lo que cada uno merece no es igual porque el mérito o la falta de mérito es algo personal y diferente según la persona y sus hechos.

Los talentos, las aptitudes, la salud, la sabiduría o la ignorancia, la virtud o el vicio, las circunstancias, etc., hacen que la desigualdad sea notoria entre las personas; la diferencia en cuanto a lo debido acusa las distancias en el valor.

La desigualdad es natural y también la justicia distributiva establece una desigualdad que llega a ser cruel porque unos merecen mucho y otros muy poco o nada. Y la diferencia justa también engendra odio, habida cuenta de la condición humana.

El socialismo, en cualquiera de sus formas, aspira a la igualdad; confunde la justicia con la igualdad que tiende a nivelar a todos con todos. La clave del socialismo es siempre esa igualdad que corta las espigas al nivel de la más baja; esto es, que nivela en lo inferior, en lo ordinario, en lo mediocre. La igualdad socialista exige una opresión despótica, un terror sistemático, una aplanadora implacable para conformar el hormiguero humano.

La persona es lo distinto y se despliega en la distinción. Sus actividades más propias dan en lo distinto: conocer es distinguir; amar es preferir.

La distinción es la identidad real del Ser, de la Verdad y del Bien; es también el derecho irrevocable de la persona singular a lo suyo, a lo que le pertenece, a los bienes propios en la jerarquía de valores, para poder disponer de ellos y de sí mismo.

¿Qué sentido tendría la comunicación de los bienes, la participación, la renuncia, la abnegación del propio yo, el sacrificio, si cada persona no tuviera lo suyo, lo que le pertenece de un modo irrevocable?

¿Qué sentido tendría la asociación, la comunidad, la comunión, si las personas no fueran distintas para converger hacia la unidad del fin común?

La meta es el santo, el héroe, el sabio, el artista, el investigador, el atleta; no es la masa anónima, uniforme, inerte.

No hay ni puede haber un socialismo cristiano porque tiende invariablemente a la absorción y a la destrucción de la persona humana; y, por lo tanto, implica la negación de Dios, cuya imagen y semejanza es la persona creada.

El socialismo es, quieras o no, anticristiano, porque es antinatural y Dios es el autor de la Naturaleza.

Dios hecho hombre, Jesucristo, no vino a derogar la Ley ni el Orden Natural sino a restablecerlos, confirmarlos y exaltarlos a una participación de la vida misma de Dios.

Dios es el distinto por excelencia y el Universo creado es el lugar de lo distinto y no de lo igual; de lo distinto que converge hacia la unidad.

Juan Ramón Jiménez nos ha dejado un poema metafísico que esclarece finamente el antagonismo entre lo distinto y lo igual, entre la jerarquía y la masa en que se juega el destino de la Civilización y de las Naciones Cristianas:

Lo que querían matar los iguales  
porque era distinto.  
Si veis un pájaro distinto  
tiradlo;  
Si veis un monte distinto  
caedlo;

Si veis un camino distinto  
cortadlo;  
Si veis una rosa distinta  
deshojadla;  
Si veis un río distinto  
cegado.

Y el Sol y la Luna  
dando en lo distinto.

Altura, color, largor, frescura  
Cantar, vivir distinto de lo distinto  
Lo que sea eres distinto,  
Monte, camino, rosa, río, pájaro, hombre.

Si te descubren los iguales,  
Huye a mí, ven a mi ser  
Mi frente, mi corazón distinto.

d. Entre las ideologías más difundidas y usadas está la concepción dialéctica de clases antagónicas, agudizadas actualmente por el bolchevismo, entre los extremos de una burguesía opresora y de un proletariado oprimido. Tesis y antítesis que se resuelve finalmente en la síntesis de la sociedad sin clases, desenlace inevitable según el materialismo histórico.

La connotación maniquea de esta ideología marxista, se evidencia en la relación de explotador y explotado, de privilegiado y marginado, de verdugo y víctima inocente en que se distribuyen los hombres de todas y cada una de las sociedades existentes.

Este esquema simplista, burdo e infantil que adjudica todo el bien a una parte multitudinaria y todo el mal a una parte mínima, no resiste la menor confrontación con la realidad; menos todavía con la realidad social argentina, a pesar de las situaciones de notoria injusticia que han existido y existen actualmente; pero es innegable la proyección demagógica alcanzada por esa ficción ideológica, sobre todo, en el ámbito estudiantil universitario.

Lo más grave es que a pesar de la evidencia en contra, el lenguaje dominante es clasista y sectario.

Nadie duda de que la actual clase dirigente argentina procede en primera, segunda o tercera generación de proletarios inmigrantes, principalmente italianos y españoles; pero ocurre que los más caracterizados representantes de esa clase dirigente hablan como si integrasen una sociedad de compartimentos cerrados, exclusivos y excluyentes; han escalado, pero niegan que haya escalas accesibles al esfuerzo y a la aspiración.

Claro está que en nuestro país son numerosos los marginados, sobre todo, los niños y jóvenes, sin hogar y sin asistencia de ninguna especie. El más absoluto abandono pesa sobre muchos y más que en ningún otro lugar, en las grandes urbes donde pululan las bandas y patotas de forajidos de toda especie.

Los marginados no pertenecen a ninguna clase social; son el deshecho humano del Estado liberal, neutro e indiferente a las exigencias del Bien Común.

En verdad, el Estado liberal estructurado jurídicamente en la pura legalidad, vacía de toda sustancia ética, deja hacer y deja pasar a los especuladores insaciables como a los que quedan abandonados en el camino. No reconoce nada más que a la justicia conmutativa del toma y daca,

de las convenciones contractuales; ignora la justicia distributiva y, sobre todo, la Caridad que iguala por participación en el superior.

Cuando un ser no se ordena al fin para el cual existe, degrada y se corrompe hasta dejar de ser lo que es. El hombre que se aparta de Dios se vuelve inhumano; el Estado liberal que se desentiende del Bien Común deja de ser propiamente un Estado y queda mediatizado por el Poder del dinero y su tiranía financiera.

2. Desde la Organización Nacional y la Constitución de 1853, la República Argentina declinó la Soberanía Nacional para suplantarlo por la ficticia soberanía popular como fundamento de un Estado aparente, bajo una efectiva independencia económica que dura hasta el día de hoy. La regulación de la Masonería hizo que los poderes públicos crearan las condiciones jurídicas sociales, mentales y culturales para asegurar la dependencia y la explotación foránea de nuestras riquezas naturales. Los gobiernos populares han sido tan entreguistas como los digitados y fraudulentos. El continuismo del régimen liberal y de la dependencia económica son las constantes de la Historia Argentina desde 1853. Yrigoyen y Perón han abusado de la fraseología nacionalista; pero han servido a la plutocracia internacional con la misma docilidad que los gobernantes de facto o elegidos más o menos fraudulentamente.

Las actuales promociones de la Patria socialista, del Nacionalismo Popular Revolucionario o del Socialismo Nacional, no son nada más que las últimas consecuencias de la mentalidad liberal y de la servidumbre económica de la Nación.

El liberalismo se resuelve dialécticamente en el socialismo o comunismo, porque se nutre y sostiene en la negación y su proceso es la negación infinita: negación de Dios y del alma inmaterial e inmortal; negación del ser, de su distinción y jerarquía esenciales; negación de un orden natural en el saber y en el obrar.

Es obvio que este sentido negativo del liberalismo se manifiesta como una liberación de todos los límites, distinciones y distancias; esto es, como una degradación progresiva hacia la materia informe, indeterminada, indiferente, que no es nada determinado ni es nadie por sí misma. Esta dialéctica materialista y atea proyectada en lo humano, arrasa con la persona, máxima distinción de ser por su subsistencia y vocación, su capacidad de tener y disponer por sí misma; arrasa con la persona vaciándola de sustancia y privándola de vida interior —meditación, oración, contemplación, amor—, para enajenarla en lo gregario, en el rebaño, en la masa inerte, impersonal y anónima.

El liberalismo tiende por su dialéctica intrínseca al socialismo que iguala en la abstracción, en la privación, en lo inferior; igualdad política por reducción de todos los ciudadanos a unos indiferentes (soberanía popular); igualdad económica por abolición de la propiedad y de la iniciativa privadas; igualdad social por supresión de las clases y jerarquías; igualdad sexual por el divorcio vincular y la indiscriminación de los hijos; igualdad cultural por una educación en base a los reflejos condicionados y a la supresión de las inhibiciones que atentan contra la libertad de los instintos.

Claro está que este proceso de nivelación en la indigencia espiritual y material, proletarización masiva, se corres-

ponde con una concentración progresiva de bienes y de poderes en un pequeño grupo de potentados o en el Estado absorbente y despótico.

La plutocracia y su instrumento político de explotación sistemática que es el socialismo, a pesar del sesgo nacionalista de su nueva táctica, avanzan rápidamente hacia la instauración de un Gobierno universal con una prevista etapa continentalista.

Es un hecho evidente que el Capitalismo liberal a la sombra del Estado neutro, ha producido una acumulación monstruosa de riquezas; encauzando, a la vez, la rebelión del proletariado hacia la esclavitud socialista bajo la seducción de un espejismo que confunde la justicia con una falsa igualdad. En lugar del Reinado de Cristo con su universalidad trascendente y jerárquica de los distintos que son uno en El, el reinado del Anticristo con su universalismo de los iguales en su indigencia material y espiritual, en su servidumbre irremediable bajo el yugo de los banqueros ateos y apátridas. En lugar del verdadero Señor, los señores del dinero en figura de amigos de los pobres.

Los cristianos que hoy se sienten atraídos por el socialismo, deben meditar cuidadosamente el grado de compromiso posible con corrientes políticas "inspiradas, muchas veces, con ideologías incompatibles con la Fe", conforme a la advertencia de Pablo VI en su "Carta Apostólica" del año 1971.

Previene a los cristianos por su "tendencia a idealizar al socialismo, en términos por otra parte muy generosos: voluntad de justicia, de solidaridad y de igualdad". Insiste en que "rehusan admitir las presiones de los movimientos históricos que siguen condicionados por su ideología de origen". Se trata, claro está, de la ideología mar-

xista, cuyo espíritu diabólico impregna, en mayor o menor medida, a todos los movimientos que asumen el nombre socialista por la seducción del éxito. Por esto es que el Santo Padre, termina el punto 31 de su Carta, recordándole a los cristianos que en sus opiniones políticas, deben dejar a salvo los valores de la persona, "en particular de libertad, de responsabilidad y de apertura a lo espiritual, que garantizan el desarrollo integral del hombre".

Por nuestra parte, reiteramos que el socialismo por más evangélico que se lo quiera presentar, no sólo es imposible prácticamente sustraerlo a la corriente marxista-leninista que avanza arrolladora, sino que tiende a la despersonalización del hombre y a desvirtuar su espíritu comunitario enajenándolo en el colectivismo. Marx reconocía ese determinismo social absoluto: "Menos que cualquier otra, mi concepción no puede hacer al individuo responsable de una situación de la cual él es socialmente un producto".

La persona singular necesita para su propio desarrollo integrarse socialmente en verdaderas comunidades y llegar a ser uno con sus semejantes en la comunión de la Verdad; pero sin perder jamás su distinción, menos todavía cuando hace de su persona un don, un ministerio de servicio y de amor.

El cristiano no puede optar acerca de lo indiscutible; debe reconocer y afirmar el orden natural y el trato de honor que corresponde a la persona humana, sin discriminaciones de ninguna especie.

El cristiano tiene que aceptar la constitución de la familia, de la propiedad privada, de la profesión organizada, de la escuela, de la Universidad, de la empresa económica, del Municipio, de la Nación, del Estado. Cristo es el autor y el restaurador del Orden Natural: "Cristo reina so-

bre nosotros, no sólo por derecho de naturaleza, sino por derecho de conquista en fuerza de la Redención".<sup>2</sup>

Cristo es el verdadero libertador, el protector y defensor de cada hombre sea cual fuere su condición; por esto es que el orden cristiano de la sociedad y del Estado no puede lesionar, ni rozar siquiera la dignidad de hombre alguno. Por el contrario, es la máxima afirmación de su verdadero ser.

"No hay diferencia entre los individuos y el consorcio civil, porque los individuos unidos en sociedad, no por eso están menos bajo la potestad de Cristo que lo están cada uno de ellos separadamente".<sup>3</sup>

La exigencia primordial del cristiano es instaurar al hombre entero y a las instituciones sociales y políticas en Cristo, Rey y Señor de todo lo creado.

El Señorío de Cristo restablece, confirma y Santifica el orden natural que es el orden de los principios constitutivos de la Sociedad y del Estado.

El cristiano puede optar exclusivamente sobre lo accidental, mudable y contingente; también sobre el criterio prudencial para conjurar la sustancia con las circunstancias. Es la materia opinable en la política; pero ella es, ante todo, la ciencia arquitectónica del Orden de los Principios y del Bien Común.

<sup>2</sup> Pfo XI, *Quas Primas*, I, 6.

<sup>3</sup> *Ibidem*, cfr. II, 8 y ss.

## EPÍLOGO

No existe una política —ciencia arquitectónica y gobierno al servicio— del Bien Común—, surgida directamente del Evangelio, porque el Reino de Cristo no es de este mundo; pero El está en el mundo, en el hombre y en su historia por la Encarnación y la Redención que la Iglesia continúa en el tiempo. “El principado de Cristo —ha enseñado Pío XI— se forma por aquella unión admirable que se llama «unión hipostática». De lo cual se sigue, que Cristo no sólo debe ser adorado como Dios... sino que a El deben obedecer y estar sujetos como Hombre”.

Esta presencia realísima de su Palabra evangélica, de la ofrenda de sí mismo en el Sacrificio de la Cruz y en la Eucaristía, comprende y compromete al hombre íntegramente, tanto en la persona de cada uno como en la vida social y política.

Por esto es que puede y debe existir una política cristiana, inspirada en el Evangelio y en el magisterio de la Iglesia con su Doctrina Social. Es notorio que la política cristiana es conforme al Orden Natural y no puede lesionar a persona alguna aunque profese otra religión o sea incrédula.

Cristo es el autor de la Naturaleza; el alma de cada hombre es naturalmente cristiana, antes de serlo sobrenaturalmente por el Sacramento del Bautismo. Cristo es, a

la vez, el restaurador de la naturaleza caída, al devolverla a su integridad de ser y a la unidad con su fin último, por el sacrificio de la Cruz y la santificación por la Gracia.

Cristo es el defensor de la persona singular y de todas las estructuras sociales que sirven eficazmente al desarrollo de la personalidad de cada hombre. Le presta su divina asistencia a todas las instituciones ajustadas al orden natural, en cuanto son medios necesarios para el mejor ser y el logro del fin último de la persona humana.

Instaurar todas las cosas de la Patria y a la Patria misma en Cristo, es reintegrarla a los principios que le dieron el ser y asegurar un trato de honor para todos sus habitantes, sin acepción de personas ni discriminación de ninguna especie, salvo la conformidad al orden natural de la convivencia en la familia, la propiedad, la escuela, la profesión, la Universidad, la empresa económica, el municipio, la Nación y el Estado.

La Caridad en todo para el cuidado solícito de la persona, en particular, de los más necesitados; para la perfección de la justicia y la suficiencia de la vida en el Bien Común. El reinado de Cristo, repetimos, no puede ser lesivo, ni rozar siquiera la dignidad de nadie.

La oposición real, extrema e inconciliable en el día de hoy, es la que existe entre: cristianismo y socialismo.

Expresión análoga, pero más definida, nítida y precisa que la formulada por Spengler en *Años Decisivos*, hace 40 años: *Jerarquía social y masa urbana*.

No sólo por su vinculación ineludible con la ideología marxista de origen sino porque toda política socialista responde a la dialéctica liberal y tiende a borrar, absorber o destruir a la persona humana en su distinción y en su rango ontológico.

Lo justo es lo igual a lo debido al otro; pero no es igual lo debido a cada uno, lo que merece o le corresponde; menos todavía es igual la necesidad real de cada persona.

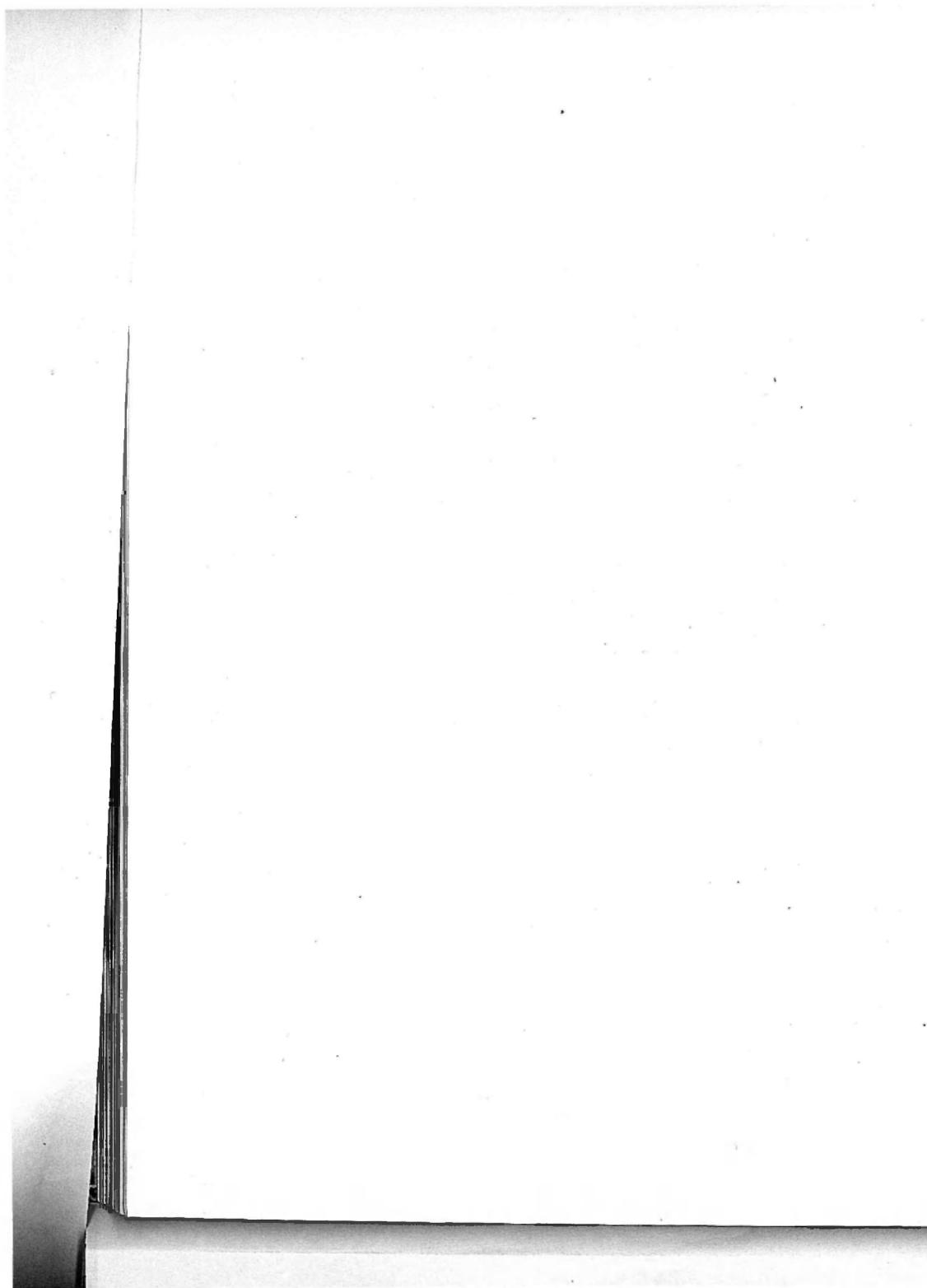
La igualdad es medio de la justicia; pero jamás debe ser el fin como pretende el socialismo en cualquiera de sus programas políticos. El ideal cristiano y natural no es una sociedad de iguales, sino una sociedad de distintos unidos en la Verdad, en la Justicia y en la Caridad.

Hay que promover a la persona singular en el orden natural, si se quiere contribuir a su salvación terrenal.

El cristiano debe optar por la participación de cada hombre en la santidad y heroísmo. No puede optar jamás por la masa, ni el hormiguero humano por perfecta que sea su organización y la seguridad material de sus miembros.

El cristiano debe aspirar a la comunidad y a la comunión de los distintos en todos los niveles. *Ante Dios no hay héroe anónimo*, como reza la Ordenanza Requeté.

Buenos Aires, septiembre de 1973.



## ÍNDICE

PRÓLOGO .....	9
INTRODUCCIÓN .....	19
CAPÍTULO I. EL MANIFIESTO CRISTIANO .....	27
CAPÍTULO II. EL MANIFIESTO COMUNISTA .....	51
CAPÍTULO III. EL CRISTIANO Y EL ORDEN POLÍTICO.....	73
CAPÍTULO IV. FALSOS ESQUEMAS IDEOLÓGICOS.....	105
EPÍLOGO .....	123

Este libro se terminó de imprimir el 2 de abril de 1997,  
15° aniversario de la Reconquista de Malvinas,  
en los talleres de Leograf y Cía S.R.L.,  
Armenia 253, V. Alsina,  
Pcia. de Bs. As.

## LA OBRA.

La obra de Genta abarcó varios rubros, pero tres en particular: la *Filosofía*, la *Política* y la *Historia*.

Al primero pertenecen sus escritos sobre: *Los problemas fundamentales de la filosofía* (1938), *La idea y las ideologías* (1949), *El Filósofo y los sofistas* (1949), *Libre Examen y comunismo* (1960). Al segundo, libros como *Sociología Política* (1940), *La sociología y la política en Hegel* (1941), *Guerra Contrarrevolucionaria*, *El Manifiesto Comunista* (1969), *Seguridad y Desarrollo* (1970), *Principios de la Política* (1970), *El Nacionalismo Argentino* (1972) y éste que aquí se reedita, *Opción política del cristiano*, aparecido por primera vez en 1973. Finalmente, entre sus trabajos históricos pueden citarse: *Sarmiento y la Masonería* (1949), *La masonería en la historia argentina* (1949), *Correspondencia entre San Martín y Rosas* (1950), *San Martín doctrinario de la política de Rosas* (1950) o *En Defensa de la Fe y de la Patria* (1955).

No hay que olvidar asimismo, sus ensayos sobre psicología y educación, sus escritos castrenses, sus traducciones, y una ingente producción periodística, que volcó principalmente desde las páginas del diario *Cabildo* y de las revistas *Vita Militaris* y *Combate*.

Un capítulo aparte merecería la mención de sus conferencias, pronunciadas en todo el país, con una elocuencia notable, reconocida por propios y extraños.